

Ediciones Turas Mór
es un emprendimiento
para crear libros electrónicos
de distribución gratuita.

Los derechos de las obras
pertenecen exclusivamente a cada autor.
Se prohíbe la reproducción total o parcial
de este material sin la cita de su fuente
y el respectivo permiso de su autor.

Ediciones Turas Mór
es miembro fundador de
e-ditores.

e-ditores

Ediciones Turas Mór

e_ditores@yahoo.com.ar

e_ditores@yahoo.com.ar
(Asunto: Turas)

<http://editores.sub.cc/>

<http://turas.sub.cc/>



Esta obra está bajo una licencia
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 Argentina, y posteriores,
de Creative Commons.

Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>
o envíe una carta a Creative Commons,
171 Second Street, Suite 300, San Francisco, California 94105, USA.





La nueva literatura fantástica hispanoamericana

Contenido

Editorial	3
<i>La sonrisa del gato de Cheshire</i> (CHINCHIYA P. ARRAKENA)	5
<i>¿De qué te reís, Victoria Gerk?</i> (PATRICIO CHAIJA)	10
<i>El bosque de Sinergia</i> (DANIEL FLORES)	15
<i>Los crímenes del terrestre</i> (M. C. CARPER)	21
<i>Espacio, espacio...</i> (CARLOS SUCHOWOLSKI)	27
<i>El ángel de la guarda</i> (DIEGO GALÁN RUIZ)	33
<i>Valyrzon en busca del Malored</i> (MILA SAARINEN)	35
<i>¿Más vale solo?</i> (MARCELO C. CARDO)	60

NM

www.revistanm.com.ar

director@revistanm.com.ar / revistanm@gmail.com

<http://sites.google.com/site/revistanm> / www.facebook.com/RevistaNM

Dirección y grafismo: **SANTIAGO OVIEDO**

Maquetación y arte de tapa: **BÁRBARA DIN** / Corrección: **CRISTINA CHIESA**

Revista de distribución gratuita sin fines de lucro,
dedicada a la difusión de la nueva literatura fantástica hispanoamericana.

Las colaboraciones son ad honórem y los autores conservan
la totalidad de los derechos sobre sus obras.

Es una publicación de **Ediciones Turas Mór** para **e-ditores**.

Safe Creative ID: 1307285490144

Se agradece por haber tomado parte en este número a: TANYA TYNJÄLÄ,
HÉCTOR GÓMEZ HERRERO y a cuantos apoyan el proyecto.

En la portada: "Borrador 87"

(BRIAN VADELL —<http://brianvadell.blogspot.com.ar/>—)

Musicalización aleatoria: *El hombre que no podía controlar sus miembros*
(Compañía de Varieté BonxxO)

www.goeat.com/listen/f91020c/el-hombre-que-no-podia-controlar-sus-miembros-featuring-cristina-chiesa-compania-de-variete-bonxxo

Así comenzó todo.

Panaderos, cocineros, médicos, policías, maestros, alumnos... de a poco fui reformando la sociedad. Fue un proceso agotador que requirió mucho de mi tiempo: dedicación exclusiva. Este asunto de reinventarlo todo era muy importante y tenía que poner lo mejor de mí para lograrlo.

Al terminar el día no tenía ganas de nada. Cada vez veía menos a mi amigo y a mi compañera, y cuando lo hacía me sentía un extraño, como alejado. Casi no entendía sus chistes ni los términos que utilizaban cuando hablaban. Sentía que estábamos perdiendo la sintonía y los códigos que compartíamos. No, el distanciado era yo; ellos parecían más unidos que nunca. *¿Qué estará pasando? ¡No, no pueden estar engañándome; yo los pensé, son mis amigos! Sólo son suposiciones mías. Aunque ese brillo en sus miradas... parece que algo están ocultando.*

Un día, al salir de mi estudio, con el trabajo casi completo, me encontré con una nota. Mis especulaciones se habían convertido en realidad. Mis primeras creaciones me habían traicionado. Se habían enamorado y habían decidido irse, los muy turros. ¡Los había dejado solos tanto tiempo!

Deben dejar de existir. Tienen que desaparecer. ¡Yo los creé y así me pagan! Por más que quería que se desvanecieran, pensar en lo que

me habían hecho era más fuerte y, en vez de suprimirlos, lograba que se consolidaran más en esta realidad. ¡Mi realidad!

Voy a buscarlos y a deshacer lo hecho, decidí.

Me costó encontrarlos, pero lo logré.

Se los veía muy felices, pero eso no me importaba. ¡Yo los había proyectado!

Entonces descubrí que, si bien su creación había sido algo limpio (los pensé y aparecieron), el proceso inverso era imposible. Pese a todos mis intentos, seguían ahí, no pasaba nada... por lo que tuve que utilizar métodos más tradicionales.

Cuántas manchas. ¡Qué amasijo! ¡Y esos gritos!...

La policía llegó en pocos minutos para detenerme. Luego vino el juicio: el veredicto fue rápido (de no creer lo eficientes que los había hecho). Por más que intenté explicarles, no me creyeron los muy ingratos. Me condenaron a morir en la silla eléctrica. Eso ni yo lo había imaginado.

Mientras el verdugo ponía la capucha sobre mi cabeza, no podía dejar de repetirme: *Yo los creé. Ustedes son obra mía. Todo lo hice por su bienestar y así me pagan. ¡No los perdono, aunque no sepan lo que hacen!*

© MARCELO C. CARDO, 2013.

MARCELO C. CARDO

(Argentina —Lanús, Buenos Aires, 1967—)

Maestro del terror muchas veces superado por los políticos, en **NM** publicó "Carmíña release 2.0" (# 6), "La membresía" (# 8) y "Maldito" (# 14 —con ISABEL ALÍ—).

—Sí, en efecto, mi mente parece estar jugándome una mala pasada; todo es un gran vacío hasta que crucé por enfrente de su casa. Bueno, no es tan así; no sé bien cómo manifestarlo. Sí conservo en mi memoria los libros que he leído, la música y un gran bagaje de información de lo que podría denominarse *cultura general*. Pero de mi pasado, ni medio. Ni siquiera mi nombre ¿Usted es capaz de explicármelo?

—La verdad que no; hace unos días me desperté y no quedaba nadie. Mire que busqué, pero no logré hallar ni a una persona. Hoy, sentado acá donde me ve, pensé sobre lo bueno que sería tener a alguien con quien conversar... ¡y apareció usted!

Mientras hablábamos, mi compañero recorría con su dedo índice los lomos de los libros que allí se encontraban. *La guerra de los mundos*, *Soy leyenda*, *La tierra permanece*, *Mecanoescrito del segundo origen*, una larga lista de los títulos más destacados de la ciencia ficción, el terror y la fantasía. Después pasó a las películas y por último a los discos compactos.

De pronto se dio vuelta y mirándome a la cara reflexionó:

—Extraño, mis mismos gustos; lo único que falta es que me diga que le gustan las morochas y que para poder dormir tiene que tomarse una taza grande de café.

—¡Cómo, no me diga que usted también! —respondí.

—Todo esto es muy raro, demasiadas coincidencias. Se me está ocurriendo... No, no puede ser... pero, ¿será posible?

—¡Pero, dígalos de una buena vez, buen hombre!

Y entonces lo dijo: —¿Podrá ser que usted me haya pensado?

—¡Eso es imposible! ¡Es ridículo! —repliqué.

—Vamos, no me va a decir que después de haber leído tantos libros de ciencia ficción y visto esa gran cantidad de películas del género va a descartar esta posibilidad. Al menos dele una chance. ¿Por qué no prueba de nuevo?

—¿Así nomás? ¿Le parece? ¿No me estará cargando, no?

—Sí, sí, qué más da. ¿No pensó en una compañera? ¡Podría repoblar el mundo!

—¡Pero déjese de joder!

—¡Inténtelo, veamos qué pasa!

—Y bueno, ya que insiste.

Me senté en mi sillón y pensé: “cómo me gustaría alguien con quien formar pareja, alguien con quien poder compartir los días, alguien a quien cuidar y con quien hablar de la vida en general. Y ya que pedimos, preferentemente de tez blanca, pelo oscuro y tetas grandes...”.

Todo parecía igual.

Pero cuando estaba por decirle a mi nuevo amigo que esto era una gran locura, que no iba a ocurrir nada, el timbre sonó y ella estaba allí.

Enseguida congeniamos los tres. La casa era grande y comenzó a llenarse de alegría. Una mujer tierna e inteligente y un buen amigo, ¿qué más se podía pedir?

Fueron pasando los días y fui asumiendo mi don; con la ayuda y los consejos de mis primeras creaciones llegué a la conclusión de que tenía que repoblar la Tierra.

Las editoriales, las galerías de arte y las compañías discográficas se suelen aferrar a lo ya probado, aunque de vez en cuando apuestan por algo experimental, para no perderse una nueva ola, y los consumidores se quedan con lo conocido o siguen las nuevas corrientes —aun cuando les resulten abstrusas—, para no parecer ignorantes.

Como consecuencia, muchas obras valiosas —a veces más interesantes que las que están a disposición del público— quedan inéditas por cuestiones de mercado.

Después de todo, los escritores no tienen per se derecho a escribir, los ilustradores no tienen intrínsecamente derecho a dibujar y los músicos no tienen un derecho inherente a componer. En realidad, ellos tienen (sienten) la necesidad de pergeñar eso que hacen. Nada más y nada menos.

Ahora bien, borrar un par de frases bien armadas, bosquejar líneas y planos en una buena composición o combinar con armonía algunos acordes no convierte al creador automáticamente en artista. Hay cientos, si no miles, de libros vacíos de contenido en los estantes de las librerías y otro tanto sucede con una miríada de lienzos que tapizan las paredes y con infinidad de grabaciones que inundan las bateas de las disquerías. Pero, por fortuna, no siempre es así.

Por su parte, **NM** no goza de un derecho a poder publicarse.

A su vez, tampoco puede hablarse exclusivamente de una necesidad. Hay un momento en el que se advierte (se descubre) que hay algo más, que hay un *querer* completar un nuevo número, *buscar* algo que supere al anterior.

En ese recorrido destinado a difundir la nueva literatura panhispánica de ficción lo que sale a la luz, casi sin advertencia, ya no es un derecho ni un anhelo, sino una *obligación*. Una que tiene en cuenta tanto a los autores como a quienes los disfrutaban. Una que, cumplida (o al menos intentada), genera una satisfacción a veces rayana en un orgullo acaso inmerecido.

Todo eso encuentra justificación cuando se tiene en cuenta que la creación artística —en puridad, *re-creación*— implica necesariamente (o debería hacerlo) un contenido metafísico, aun en nuestro campo.

En tal sentido, para TERESA PILAR MIRA DE ECHEVERRÍA, doctora en Filosofía y escritora, la literatura de ciencia ficción ocupa actualmente el espacio antes cubierto por los *mitos*.

Tanto para el hombre arreligioso de la sociedad moderna como para los primeros teólogos cristianos ese término remite a los conceptos de “fábula”, “ficción” o “mentira”. Sin embargo, en *Mito y realidad*, MIRCEA ELIADE ha puesto en evidencia la pervivencia de las estructuras míticas en la vida moderna. Ello se da tanto en el plano contingente, incluso bajo la presión de los medios de comunicación de masas, como en el historicista, con ejemplos extremos en las ideologías escatológicas del nacionalsocialismo y del marxismo, que — pese a sus anhelos — no pudieron liberarse de lo sagrado que está más allá y que es parte inescindible del ser humano.

La tensión entre tiempo histórico y tiempo sacro, el hambre del conocimiento de los orígenes, lo iniciático y el periplo del héroe subyacen en nuestra estructura mental, aun cuando se vean banalizados por el ansia de una juventud indeclinable y el rechazo de las tradiciones y de las responsabilidades, ante el anhelo del éxito fácil, aunque sea fugaz.

Frente a eso, hartos de derechos sin obligaciones, el individuo singular tildado de conservador por los que ven con un solo ojo manotea su testículo siniestro, mientras que otro, sospechado de revolucionario, conjura con el diestro.

Harto de falacias, el individuo singular —de quien los fariseos pretenden un san Francisco de Asís a su gusto, ajustado a sus fines— trata de mantener en pie la verdad que lo hace fuerte, que lo vuelve trascendente.

Harto de mediocridad, el individuo singular no cesa en la búsqueda de un nuevo mundo —que estuvo, está y siempre estará allí— en esta línea espaciotemporal o acaso en una próxima.

S. O.

Los textos de esta publicación fueron editados con LibreOffice 3.5. Las imágenes se trabajaron con IrfanView 4.32 y Gimp 2.8. La revista se armó con Serif PagePlus X6. Los archivos PDF se optimizaron con jPDF Tweak 1.1.

A la mañana siguiente me levanté temprano y la situación era la misma. Pero la almohada me había aconsejado que buscara un poco más lejos, así que subí a mi auto y visité otras partes de la ciudad. Sin suerte, claro. La gente se había esfumado.

En los días sucesivos fui alejándome un poco más; probé en todas direcciones y nada. La situación era la misma.

Bueno, tómallo con calma; poniéndote nervioso no ganas nada. Es una situación que sale de lo normal pero tendrás que acostumbrarte; después de todo, siempre fuiste un solitario, me dije.

Fue transcurriendo el tiempo. Los alimentos no eran problema: había en abundancia. Tenía mis libros, mis películas y mi música; en un principio eso me alcanzaba. Pero, a medida que corrían las jornadas, todas esas cosas, que en un momento fueron mi vida, no eran suficientes.

¡Está bien que soy un solitario que disfruta de su soledad, pero a mí me gusta estar solo entre la gente! ¡Además, necesito al menos un interlocutor válido!, recapacité.

Así que, sentado en mi sillón, mientras en el aire se oía *Children of the sea*, de Black Sabbath, comencé a pensar...

*In the misty morning,
on the edge of Time,
we've lost the rising Sun,
a final sign.*

*As the misty morning
rolls away to die,
reaching for the stars,
we blind the sky.*

¡Ojalá tuviera alguien con quién hablar! Una persona con la cual compartir opiniones, discutir de música, libros y demás cosas.

*We sailed across the air
before we learned to fly.*

*We thought that it
could never end.*

*We'd glide above the ground
before we learned to run. Run.*

*Now it seems our world
has come undone.*

En ese mismo instante sonó el timbre, lo cual me hizo pegar un salto y correr hacia la puerta.

Es posible que no sea el único, reflexioné con el picaporte en la mano.

*Oh, they say that it's over,
that it just had to be.*

*Yes, they say that it's over.
We're lost children of the Sea.*

Entonces abrí.

—Hola —se atrevió a decir el desconocido con voz temblorosa—. ¿Qué pasó que está todo tan vacío?, ¿Usted sabe cuál es el motivo? —La sorpresa se reflejaba en su cara—. No entiendo ni me acuerdo nada de lo pasado. De pronto, como quien no quiere la cosa, me encontré caminando por la calle y una música familiar me llevó a acercarme a su puerta y tocar. ¿Puede, por favor, decirme qué está sucediendo?

Yo tampoco podía dar crédito a lo que veía. Una situación tan insignificante, como atender un llamado a la puerta, en ese momento, parecía algo de lo más extraordinario.

—Pase, pase. ¿Cómo es eso de que no tiene recuerdos?

¿MÁS VALE SOLO?

MARCELO C. CARDO

El silencio era ensordecedor. Desperté de golpe. Al principio creí que aún era muy temprano y que por eso no se oía ningún ruido.

Después recordé que era domingo y, como es sabido, todos aprovechan para descansar un rato más. Pero no, miré el despertador y señalaba las once de la mañana. Me asomé al balcón y vi que la cuadra estaba vacía: no había tráfico, ni vecinos hablando o chicos jugando a la pelota. La calle parecía estar desierta.

No puede ser, pensé en voz alta, *algo debe haber pasado*. Volví al living y encendí el televisor. Nada, sólo estática. Lo mismo ocurría con la radio.

Me vestí y salí: no había ni un alma. Todo parecía funcionar bien: luces, semáforos... la única incógnita era dónde estaba toda la gente.

Me decidí a hacer un recorrido por el barrio. Caminé cuadras y cuadras sin cruzarme con nadie. Lo hice durante

horas hasta que resolví volver. Mi estómago reclamaba a gritos algo sólido.

Terminé de comer, eran casi las doce de la noche y me senté en mi sillón favorito a meditar sobre la situación. ¿Qué habría sucedido? ¿Un éxodo masivo, los extraterrestres habían abducido a todas las personas o un científico loco las había teletransportado a una dimensión paralela? ¿Estaba solo en el mundo, podría ser eso, o en realidad seguía durmiendo y todo era sólo un sueño? ¿Qué iba a hacer?

Alguien alguna vez me dijo: *cualquier decisión que tengas que tomar, consúltala con la almohada*. ¿Y qué mejor forma de resolver esto? Dado que todo había comenzado al despertarme, sólo quedaba esperar para ver qué me depararía el nuevo día.

A pesar de los nervios y las preguntas sin respuestas, después de dar vueltas en la cama por varias horas fui capaz de conciliar el sueño

LA SONRISA DEL GATO DE CHESIRE

CHINCHIYA P. ARRAKENA

Mauro llegó otra vez tarde a su desayuno. Mamáa estaba dándole de comer al más pequeño de sus hermanos. Ella lo miró como quien escucha a un cachorro ronronear por primera vez, con ese orgullo que es una sonrisa interna.

—¿Una noche muy agitada?

—Mrrr... sí. —Mauro restregó su cabeza contra el cuello de Mamáa, y ella le lamió una oreja, que tenía un rasguño. Luego Mamáa se dirigió de nuevo al pequeño:

—Vamos, vamos... juega un poco más con la comida. Honra la comida, juega con ella; no la devores como una bestia.

¡Tantas veces había escuchado Mauro esas frases! Pero ahora ya era un adulto. Tomó un tazón de leche con entusiasmo; el hambre era el mejor de los aderezos. El cachorro, mientras tanto, golpeteaba con sus manitas el trozo de carne, paseándolo

por toda la habitación, frente a la mirada atenta y satisfecha de Mamáa. Ella se volvió de repente hacia Mauro.

—¿Has visto a la abuela?

—No, hace unos días que no la veo. —El cachorro saltó sobre su comida, clavándole las uñas, como si matara una presa.

—Mmm... Estoy un poco preocupada. Nunca sale tantas noches fuera de casa. El invierno se acerca... y sus reflejos ya no son lo que solían ser.

Mauro se encogió de hombros y puso cara de resignación, apoyó la mano en la espalda de su madre, en un breve gesto de cariño, y entró a la sala.

El cubil estaba tan acogedor como siempre: almohadones apilados y desparramados, un montón de troncos en la leñera, una gran alfombra de cuero para arañar. Mauro avivó el fuego durante un rato. Con un fierro

acomodaba los troncos, les pegaba un poco, los juntaba, los separaba... Pensando, satisfecho, en las correrías de la noche.

Luego se acomodó en un rincón mullido y se durmió enrollado sobre sí mismo.

Papáu lo sacudió al atardecer.

—Minino, ya es hora de trabajar.

—Ya no soy un minino, Papáu...

—Se estiró y bostezó—. ¿Dónde cazaremos hoy?

—Hoy te quedas con los cachorros. Mamá ya ha salido a cazar y yo tengo que buscar a la abuela. —Los gatitos los miraban con sus grandes ojos, a punto de saltarle encima, pero evaluando su posible reacción.

—¿Aún no apareció la vieja?

—¡Hey! Más respeto. Que “la vieja” luchó en las Guerras Cánidas. Iré a preguntar a los Centros de Salud si la han visto.

—Okey, okey... No quise faltarle el respeto. Me quedaré con los pequeños. ¿Ha venido Mía?

—Sí, está entrenando en el jardín.

—¡Quédense aquí, ya vengo, chicos! —Mauro no alcanzó a escuchar (o no quiso) los pedidos de acompañarlo.

Mía no estaba. Y, de repente, estaba sobre él. Riendo, mordisqueándolo, luego corría, se revolcaban... un lengüetazo en la oreja y un salto hasta el árbol.

No le preocupaba la abuela. No le gustaba salir a cazar, a menos que hiciera mucha falta. Aún era una chiquilla y, sin embargo, había veces que no lo parecía. Algún día sería su compañera, pero de momento sólo era un juego lo que los unía.

—Dime, Mía, ¿hace mucho que no ves a la abuela?

El entusiasmo y la alegría de Mía se esfumaron. Se sentó en el suelo y comenzó a lamerse una mano, restregarla contra los bigotes, y entre medio de la tarea respondió:

—Puff... Otro más con eso. No lo sé. No presté atención; no me gusta vigilar a los demás.

—Bueno, no es eso... Me refiero a si recuerdas algún diálogo con ella, que nos pueda servir para encontrarla.

—Ya me lo preguntó Papáu. Cada día te pareces más a él y eso verdaderamente me molesta —dijo, apretando los dientes al pronunciar “verdaderamente”.

—¿Y qué te parece si “verdaderamente” comienzas a preocuparte por un miembro de la familia? La abuela puede estar muerta, ¿lo entiendes?

Mía abrió mucho los ojos y la boca como para empezar a decir algo, pero Mauro se alejó de ella, encolecizado. Ella lo tomó por el brazo y lo forzó a mirarla:

—Disculpa. A veces soy una tonta. Creo que la escuché quejarse de que le dolía la cintura, como siempre... Bueno, y también que añoraba los viejos tiempos de correr por los tejados.

Ambos rieron.

“Sí, suena a la abuela”, pensó Mauro. Besó a Mía en el hocico y fue hacia adentro a hacerse cargo de los cachorros, tal como le había pedido su padre. Jugó con ellos largo rato, olvidando un poco todo el asunto de la abuela. Y cuando el juego lo aburrió se recostó, pensativo de nue-

—Necesitarás una guía para vivir en esta época —dijo—. Yo puedo serte útil.

Valyrzon y Mila fueron amigos por largo tiempo. No pasaría mucho hasta

que Mila conociera el antiguo mundo de Valyrzon y fuera parte de la vida y las aventuras de Siel Valyrzon de Unax.

© MILA SAARINEN, 2013.

MILA SAARINEN
(Argentina —Neuquén, 1992—)

Estudiante de relaciones internacionales, escribe desde los trece años. Autora, en su mayoría, de relatos de índole fantástica, publicó en el sitio **Papel Oscuro** una versión digital de este texto, inicio de una serie de libros todavía inéditos, algunos aún en elaboración.



Lea Aparece quincenalmente!

AVENTURAMA

La nueva revista de Ediciones Argeos
donde reinan la aventura y la fantasía

<http://revistaaventurama.blogspot.com>

Dirigida por el legendario Julio De Luca

Premio Consagración 2009 Mejor Revista de Ficción

ARGEOS EDICIONES



AHORA TAMBIÉN PUEDE CONSEGUIRLAS POR:



PAGOS CON TARJETA - ENVÍOS POR CORREO

do con su deber, Valyrzon vivió muchos años felizmente.

Cien años después, Valyrzon salió de su hogar en Eafterth para pasear junto al lago Crislak. Era una bella noche de primavera y una brisa nocturna acariciaba su anciano y arrugado rostro. No se había casado ni había tenido algo más que amigos, pero no le hacía falta para ser feliz. A pesar de su edad, no se sentía debilitado y siempre trabajaba con muchas energías, realizando todo tipo de labores.

Valyrzon miró las aguas del lago. Parpadeó para ver mejor un resplandor que se hacía cada vez más fuerte. Entonces, una columna de luz salió del centro del lago, como cien años atrás, y se extinguió rápidamente. Un objeto pequeño salido de ella fue velozmente hacia Valyrzon, que apenas tuvo tiempo para atraparlo. Lo miró bien, debido a que estaba muy oscuro, y se asombró grandemente. Tenía entre sus manos el Malored, que había reaparecido cien años después de haber sido encontrado por él. Valyrzon sintió que una calidez se extendía desde la Piedra Divina hasta su mano, y de allí a todo su ser, y se miró a sí mismo. Sin poder creerlo, contempló el cuerpo que tenía cuando era un joven de diecisiete años. Miró su reflejo en las aguas del lago, y comprobó que el Malored lo había rejuvenecido.

La Piedra Divina se iluminó otra vez y su luz envolvió a Valyrzon, cegándolo. Al muchacho le pareció flotar en el aire y luego tocar el suelo otra vez. Miró a su alrededor y se halló en una especie de excavación. Estaba muy oscuro, pues era de noche, aun-

que la luna iluminaba débilmente el lugar.

Valyrzon escaló como pudo para salir de aquella excavación y caminó un trecho hasta oír pasos. Se detuvo y se quedó inmóvil para ver quién era. Entonces vio a una jovencita de unos catorce años, vestida con ropas que Valyrzon no conocía, que caminaba silenciosamente por un sendero al lado de las excavaciones. La chica se acercó poco a poco a Valyrzon y finalmente lo vio.

—¿Quién eres tú? —le preguntó al muchacho en un idioma que Valyrzon no conocía, pero que sin embargo entendía.

—Siel Valyrzon de Unax es mi nombre —contestó Valyrzon—. ¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—Soy Mila Kotka, y estás en Egipto, en las excavaciones arqueológicas de mi padre —explicó la joven. La luna le iluminó el rostro y Valyrzon se asombró. Era idéntica a Miladic.

—Vaya, eres demasiado parecida a una amiga mía —dijo—. ¿En qué año estamos?

—Hoy es 4 de julio de 2006 —dijo Mila—. ¿De dónde eres? No puede ser posible que no sepas en qué tiempos vives.

Valyrzon se sentó al borde de una de las excavaciones. Mila se sentó junto a él y el muchacho comenzó a contarle todo lo sucedido. Mila escuchaba asombrada.

—Toma —dijo Valyrzon al terminar—. Es tuyo. El dios Odeon me lo ha dado, y yo te lo doy a ti.

Le dio la cadena con el Malored y Mila se la colocó en el cuello. Sonrió y miró a Valyrzon.

vo, vigilando que los pequeños no se lastimaran. Mía se acomodó a su lado, cuerpo con cuerpo, ronroneando y con los ojos entrecerrados.

Hacía poco que el sol se había asomado por entre las casas cuando Papáu y Mamáa volvieron a casa. Mamáa estaba ojerosa y no decía palabra; miraba hacia su izquierda y derecha en el piso, como si estuviera a punto de cazar imaginarios ratones. Hacía eso cuando tenía que resolver algo importante.

Papáu la observaba y de vez en cuando emitía algún monosílabo, que Mamáa callaba con un gesto de su mano.

Al fin, dijo:

—Estoy uniendo todo lo que averiguamos. En los Centros de Salud no la han visto y hemos dejado nuestras Marcas en el Árbol para que nos contacten si aparece. Los vecinos tampoco saben nada. Las últimas cosas que dijo no fueron de mucha ayuda... y su médico nos informó que le autorizó una receta de hormonas.

Mía entró con algo en la mano.

—Disculpen, supongo que hablan de la abuela. Me tomé el atrevimiento de hurgar en su rincón y encontré esto dentro de su almohadón favorito: parece ser una especie de diario. Supuse que la situación era lo suficientemente crítica como para leerlo...

—Mía, por lo general te reprendería por algo así, pero en estas circunstancias...

—Bueno, las últimas hojas escritas son de hace diez días. Y no son muy alegres. Me parece que la abuela estaba muy triste.

Mamáa ojeó el cuaderno de hojas de madera, con esos arañazos tan característicos de la abuela, que transmitían seguridad, pero ya se notaba que perdían fuerza.

—Más que triste, diría yo. Lo que dice aquí habla de una nostalgia que raya la depresión. Sólo nos queda avisar a las fuerzas del orden... y descansar, por ahora. Luego continuaremos la búsqueda.

Dicho esto, Mamáa y Papáu se fueron a dormir con los pequeños, formando un montón felino de adultos y cachorros.

Mauro salió a recorrer la ciudad. Conocía otros lugares en la Gran Chesire a los que suponía que sus padres no tenían acceso o no se atrevían a acercarse. Era un poco raro preguntar por la abuela allí, pero en esos antros se sabe de todo.

—Oh, sí, la abuela Shima ha estado muchas veces aquí —dijo uno de los personajes musculosos encargados de la puerta, con cara de pocos amigos.

—Oh... bien... ¿Cuándo la vieron por última vez? —Mauro se hallaba desconcertado. La abuela era clienta asidua de uno de esos clubes que jamás cierran.

—Disculpa, minino; aquí no nos llevamos bien con las preguntas, ¿sabes? Y por eso los clientes nos aprecian. No me interesa si eres su amante o su hijo o su cuidador del asilo. Adiós.

—¡Vaya! ¡Pero si pareces un perro guardián! —Al instante de decir esto, Mauro se dio cuenta de su error. No uno, sino dos y luego tres de los

grandes felinos saltaron sobre él, primero arañándolo y luego mordiéndolo en el cuello y el torso. Ni tiempo tuvo de defenderse, pero ellos sabían muy bien cuánto daño causar, para advertir, sin matar. Tan rápido como saltaron sobre él, volvieron a sus puestos. Se lavaron la cara y cruzaron sus patas sobre el pecho, y dirigieron sus ojos a la calle, sin expresión.

Mauro se levantó con mucha dificultad, caminó hasta estar lo suficientemente lejos del lugar y lamió sus heridas. La peor de ellas era su orgullo, a ésa no la podía lamer. “Minino’, ‘Minino’. ¿Es que no ven que ya he tenido mis primeras peleas de tejado?”, pensaba Mauro, mientras repasaba todo su cuerpo magullado.

Decidió buscar una Casa de Pelos para que lo examinaran. En la zona había muchas, pero se decidió cuando vio en el escaparate algo que le resultó familiar. Era una foto de la figura que tenía pintada en su pelo blanco, sobre las costillas, su abuela. Una figura azul, con forma de luna, de la cual ella siempre se enorgullecía.

Decidió cambiar de estrategia y no hacer preguntas directas.

—¡Hola, qué tal! Acabo de tener un intercambio de opiniones con tres muchachos y quisiera que, si es tan amable, me revisara.

—¡Por supuesto, señor! —Mauro sonrió. Aquí sí sabían cómo tratarlo—. ¿Desea el tratamiento completo o sólo el antiséptico? No hay mucha diferencia de precios...

—En principio quiero que compruebe si esta herida en el costado sigue sangrando.

El peluquero hizo su trabajo a conciencia, con mucha delicadeza y habilidad. Mauro pensó que era oportuno romper el silencio.

—Estaba viendo su vidriera y quedé fascinado con esa imagen. ¿Cuánto me costaría hacérmela aquí, sobre el pecho?

—¡Oh, es un lugar muy hermoso para pintarla! —El peluquero empezó con una larga perorata, que Mauro fingió escuchar extasiado.

—Y dígame: ¿es muy popular? Quiero decir, tampoco quiero salir a la calle con algo que todo el mundo lleva; perdería un poco la gracia.

—Bueno, a decir verdad, no. Sólo una anciana loca viene todos los meses a que le repintemos esa luna.

—¡Ja, ja, ja! ¿Y qué tal es la anciana? Me encantan las historias. Tengo aquí para un rato más, ¿no? Me encantaría que me cuente sobre ella.

El peluquero resultó ser una excelente fuente de información. Ni bien Mauro terminó de acicalarse, salió disparado hacia su casa.

—¡Mamáa, Papáu! ¡Ya sé dónde puede estar la abuela!

—¡Hijo! ¿Qué te sucedió?

—¡Bah! Unos matones de un local de placeres. No hay tiempo para explicarles demasiado; ¡vamos a buscar a la abuela Shima!

Mía se quedó con los cachorros y los tres corrieron hacia el centro de la ciudad.

—¡Shima! ¿Estás bien?

—¿Cómo perros me encontraron? ¡Por supuesto que estoy bien!

—Una horrible tos la contradijo.

te hirió gravemente, a juzgar por todo el tiempo que estuviste inconsciente.

—¿Cuánto ha pasado desde la batalla? —quiso saber Valyrzon.

—Dos días —contestó Hanzui—. El rey Pendor ha muerto. Corwalod lo mató.

—¿Qué sucedió con Corwalod? ¿Murió junto a los demás?

—Lavenow lo hirió antes de caer herido. Estaba tirado en el suelo cuando la onda expansiva destruyó a los Thenagon y sus aliados.

—¿Y los demás? ¿Están bien?

—Deh-Jilon estuvo al borde de la muerte. Además de derrotar a bastante gente de su propio pueblo, defendió a Intelyon cuando Ragon lo quiso matar. Los demás están muy bien.

Anelow se acercó a Valyrzon y él dejó de hablar con Hanzui.

—¿Estás mejor, Valyrzon? —le preguntó sonriendo—. Al desmayarte, según tus amigos, caíste de unos veinte metros. Una bikarnia te rescató antes de que chocaras contra el suelo. Casi te quiebras todos los huesos.

—Tengo mucha suerte —dijo Valyrzon—. He estado en circunstancias de muerte muchas veces y de todas escapé.

Cuando todos los agantys heridos se recuperaron, se realizó una ceremonia en memoria del rey Pendor y los demás combatientes muertos, y una semana después festejaron la victoria en Eaferth con todos los sobrevivientes. Luego llegó la hora de marchar a casa, habiendo encontrado finalmente el Malored. Hanzui, Intelyon y el caballero del rey Pendor hicieron su equipaje para volver a Sadornia. Beawinhor y

los demás bikarnios se despidieron de todos y partieron con los magos hacia Ciudad Real, donde se rindieron honores a Beawinhor y a una de las brujas, que fue coronada como la nueva reina de Ciudad Real, ya que la anterior, hermana de Niviana, había muerto en la batalla.

Deh-Jilon vivió un tiempo en Eaferth y durante ese período él y Miladic se hicieron muy amigos. Tres años más tarde se casaron y se fueron a vivir al deshabitado reino de Aquaban, donde aún vivía una aquiana llamada Meski, la única amiga de Deh-Jilon en Aquaban. Deh-Jilon y Miladic tuvieron muchos hijos, uno de los cuales se casó con Meski, y así repoblaron poco a poco el fondo del océano.

Gaspar, el capitán del ejército agantyo, se casó un año después con la princesa Jadia y, cuando el rey Vaed y la reina Siana murieron, los príncipes se convirtieron en los reyes de Agantyan.

Hanzui, al regresar a Sadornia, se casó con la princesa Bribea, y ambos se convirtieron en reyes de Sadornia. Intelyon continuó en su cargo de consejero real y el último caballero del rey Pendor se convirtió en el guardia de Hanzui, lugar que antes ocupaba Valyrzon.

En cuanto a él, vivió también en Agantyan por bastante tiempo. Poco después de que la mayoría de sus compañeros de viaje volvieran a sus hogares, el Malored, que pendía de una plateada cadena que colgaba del cuello de Valyrzon, se iluminó y desapareció. Había sido devuelto, luego de miles de años, a su poseedor, el dios Odeon. Habiendo cumpli-

sablemente para derrotarlos, pero los Thenagon y sus aliados eran demasiados. Eafterth pronto se cubrió de cadáveres, de algunos Thenagon destruidos y de sangre agantya. La batalla no cesaba, pero algunos estaban muy débiles y varios bikarnios que habían peleado contra los fekar-nos estaban gravemente heridos. Valyrzon sangraba mucho, pero igualmente subió a un pequeño monte donde se hallaba Qanokaar (Angel, en realidad) intacto, habiendo matado ya a varios agantynos. Angel se dio vuelta y lo miró, al percatarse de que Valyrzon estaba dispuesto a pelear con él.

—Miren lo que tenemos aquí: Siel Valyrzon de Unax se atreve a enfrentar al rey de los Thenagon, al parecer sin darse cuenta de que lo voy a matar —dijo. Rió luego de manera tal que Valyrzon se asustó, pero igualmente se puso de pie (había subido el monte arrastrándose) y deservainó su espada.

—No tengo otra opción más que pelear contigo por Agantyan —dijo Valyrzon—. Debo hacerlo, ya que por mí está sucediendo todo esto.

—Como deseas, Siel Valyrzon —dijo Angel riendo, y blandiendo su espada peleó con Valyrzon.

Era muy rápido, ya que era hijo de un dios, y Valyrzon apenas podía defenderse. Entonces Angel movió hábilmente su espada e hirió a Valyrzon, con lo que el muchacho cayó al suelo empapado en sangre.

—¡Ja, ja, ja! —rió cruelmente Angel—. ¿Pensaste que podrías vencerme, Siel Valyrzon? ¡Pues estabas muy equivocado!

En ese momento, el lago Crislak se iluminó completamente y una columna de luz surgió de él. Todos miraron aquella columna, que se apagó débilmente para dejar ver al Malored, que se alzaba esplendorosamente en el aire. Valyrzon pensó una fracción de segundo y montó en Beawinhor, quien voló hacia el Malored para que Valyrzon lo tomara. El muchacho lo aferró, voló con Beawinhor velozmente hacia lo más alto de Eafterth y, asiendo fuertemente el iluminado Malored, lo dirigió hacia Angel. Un rayo de luz blanca salió de él y golpeó a Angel en el pecho, y éste gritó y desapareció con una explosión, cuya onda expansiva derribó a todos los Thenagon y sus aliados, destruyéndolos. Valyrzon, muy débil, se desmayó.

Cuando abrió los ojos, vio un lugar totalmente blanco. No supo dónde se hallaba hasta que parpadeó y vio que estaba en el hospital de Eafterth, atestado de gente. Se sentó en la cama, con un agudo dolor en donde había sido herido por Angel, y miró a su alrededor.

Todas las camas de la sala estaban ocupadas. Anelow atendía en ese momento a un joven de piel muy blanca y cabello azulado, a quien Valyrzon reconoció como Ivhian, el pescador que vivía en Moderna. En la cama contigua a la de Valyrzon había un joven con muchas vendas, de tez negra y cabello castaño revuelto. Era Hanzui. Valyrzon se inclinó hacia él y preguntó:

—¿Estás despierto?

—Sí —contestó Hanzui—. Estaba pensando en que seguramente Angel

La abuela se veía en un estado calamitoso. La habitación había conocido mejores épocas: una gruesa alfombra, cortinas de terciopelo rojo, haciendo juego con los muebles... Pero con manchas en las paredes, algunos juguetes desparramados, restos de comida y recipientes volcados, y algunas otras cosas que no pudieron identificar. En todo ese caos, sobre la cama, la gata blanca y vieja descansaba.

La llevaron a un centro de salud y, tras analizarla, el médico dijo a la familia: —Ella se encuentra estable ahora. Ha sufrido algunas heridas, mordiscos, arañazos, cosas normales, pero que no son aconsejables para su edad. De los análisis de sangre salta a la vista que ha tomado grandes dosis de hormonas, calmantes para el dolor y drogas estimulantes.

—¡Yo diría que la ha pasado fenomenal los últimos días! —dijo Mamáa, con tono socarrón.

—Oh, sí... pero quizá sean, de verdad, sus últimos días.

Entraron a verla. Vendada, en la cama, parecía muchísimo más frágil que cuando la hallaron.

—¿Qué has hecho, Shima? —le preguntó Papáu, lleno de pena.

—Quería correr de nuevo por los tejados, ¿sabes? Pero esta pata que me duele con la humedad de la noche, y la cadera... Déjame lamerles la cabeza.

Nadie se atrevió a contradecirla, o a hacerle ningún reproche.

Papáu, como si fuera un gatito, y también Mamáa y Mauro, se dejaron acicalar por la anciana. Cuando terminó, ella misma se lamió las manos y se las pasó por la cara; nadie supo si estaba llorando.

Luego los miró, orgullosa, con una sonrisa de oreja a oreja.

Cerró los ojos. Y la sonrisa, lentamente, se desvaneció.

© CHINCHIYA P. ARRAKENA, 2012.

CHINCHIYA P. ARRAKENA
(Argentina —La Plata, Buenos Aires—)

Nombre de pluma de JUANA INÉS GALLEGU SAGASTUME, ingeniera electrónica y otras yerbas, en **NM** publicó "El encanto de un planeta" (# 25) y "Eva" (# 27).

¿DE QUÉ TE REÍ, VICTORIA GERK?

PATRICIO CHAIJA

1

Copien y peguen esto en su estado si conocen a alguien que haya sido atacado por zombis. Las personas que son atacadas por zombis afectan las vidas de muchos. Todavía no hay una cura para un ataque zombi pero podemos crear conciencia. El 92% de la gente no copiará y pegará esto. Yo lo he hecho... porque me importa. El zombi es un problema de todos. Lo harás tú?

[Me gusta](#) · [Comentar](#) · [Compartir](#) · Hace 13 horas ·

A [Pablo Tear](#), [Ale Sargado](#), [Yanet Carolina Mayer](#) y [otras 4 personas más](#) les gusta esto.

[Alejandra Rosales](#) escribió:

QUE????????TE HIZO MAL ALGO!!!!DE QUE ESTA HABLANDO??????

[Romi Rossi](#) escribió: ehh??? atacado por zombis??...

[Martina Springer](#) escribió: te pasas... Yo la Flasheo pero vos no te quedas atras! jajaj Besoo

[Yanet Carolina Mayer](#) escribió: jajajaja, que grozo

[Gabriel Vargas](#) escribió: a bue... mejor no comento.

[Lautaro Liccer](#) escribió: estas re loco
[Matias Monge](#) escribió: "El día que no haya más lugar en el infierno, los muertos caminarán entre los vivos..." G. Romero No es joda el tema Zombies, hay que estar preparados... Cuando quieras te mando una gacetilla con instrucciones precisas en el caso de una infección masiva.

2

Victoria Gerk, en cambio, no escribió nada.

3

El mensaje subido al muro de Facebook por un desconocido tardó pocos segundos en propagarse por la red. Nadie sabía que era el comienzo de todo... No se supo quién fue el primero. Aunque, quizá, todo comenzó de otra manera.

Terminaron de prepararse y salieron de allí. Valyrzon montó en Beawinhor y voló a Headumar, de donde salían quinientos caballeros de armadura blanca, montados en caballos de un blanco purísimo. Los mil trescientos caballeros agantys que restaban se acercaban velozmente hacia ellos, así que Valyrzon los guió a las afueras de la montaña Vogandor, donde se hallaba Eafterth, y organizó al ejército agantyo. Poco después Gaspar y doscientos hombres salieron de Eafterth y se unieron a los demás guerreros. Valyrzon fue a ver a Miladic, que preparaba a los arqueros agantys en las alturas de Vogandor. Miladic no necesitaba ayuda, así que Valyrzon se dirigió a donde estaban sus amigos.

—Estamos casi listos, Valyrzon —dijo Deh-Jilon—. En cuanto lleguen los demás bikarnios junto con los magos, estaremos totalmente preparados.

—Vienen en camino —dijo Intelyon.

Ese clima de larga espera, el ambiente tenso que precede a una batalla en la que no hay casi esperanzas de vencer, inundaba a Eafterth. En el valle había sólo cien hombres más junto al rey Pendor, el único caballero que quedaba, Valyrzon, Intelyon, Hanzui, Deh-Jilon, el rey Vaed y la reina Siana. Valyrzon pensaba en todo lo que había sucedido hasta ese momento y en todas las vidas que acabarían aquel día. Entonces, en ese momento, llegaron los bikarnios y los magos, cuando los Thenagon se acercaban cada vez más a Eafterth. Deh-Jilon se dio a la tarea de guiar

a los bikarnios, en tanto que Intelyon buscó a Niviana y a Ragon entre sus iguales. Uno de los magos se acercó a él.

—Ragon nos ha traicionado, Intelyon —le dijo apesadumbrado—. Ha asesinado a Niviana poco después de que ella hablara con Valyrzon y está comandando una parte del ejército Thenagon.

Intelyon miró a Valyrzon. El muchacho pensó en lo que Miladic le había dicho sobre eso, y temió que Ragon matara a Intelyon, como había ocurrido en el futuro.

—Intelyon, debes cuidarte —le dijo cuando el otro mago se fue—. Ragon te asesinó en el futuro.

—¿Esto había sucedido ya? —preguntó Intelyon asombrado.

—Sí, así que no le des motivos a Ragon para que te mate —dijo Valyrzon. No dijo nada más durante un largo tiempo.

La hora llegó finalmente. Los Thenagon llegaron con furia y la batalla comenzó. En Eafterth se oía la terrible batalla, y la voz de Miladic ordenando a los demás arqueros que dispararan contra los enemigos. Valyrzon cerró los ojos y rogó que no se repitiera lo que había sucedido en el futuro. Abrió los ojos justo para ver entrar a los Thenagon a Eafterth, junto al ejército agantyo, y dirigirse a los cien hombres que aguardaban para defender al rey Vaed. Valyrzon levantó su espada y sus compañeros desenvainaron también.

—¡Ataquen!

Todos bajaron de lo alto del monte donde se hallaban y arremetieron contra los enemigos. Pelearon incan-

rán solos; el dios Malef les ayudará con bestias terribles, supongo.

—Los agantynos son poderosos; podrán hacer frente a los Thenagon —dijo Niviana.

—Sí, pero no pueden resistir toda la vida.

—Resistirán hasta que tú encuentres el Malored —dijo Niviana—. Es un arma que ustedes tienen y ellos no.

—Todo depende de mí, entonces —dijo Valyrzon. Se quedó callado unos segundos y luego se puso de pie.

—Pues si así es, tengo que ir a buscarlo ahora mismo —dijo—. ¡Beawinhor!

El bikarnio apareció instantáneamente a su lado. Valyrzon montó en él y salieron de la casa, bajaron la escalinata y emprendieron vuelo.

Llegaron a Eafterth al mediodía. Beawinhor fue solo a la caballeriza y Valyrzon pidió una reunión urgente en palacio con todos los involucrados en la búsqueda del Malored.

—¿Qué sucede? —preguntó Hanzui una vez que estuvieron en el salón del trono.

—Niviana, la prima de Intelyon, me ha comunicado que Qanokaar y Corwalod pelearán por el Malored en una gran batalla —explicó Valyrzon—. Arrasarán con Agantyan para destruir a todos los agantynos y así romper el hechizo que protege al Malored.

—¿Qué? —exclamaron todos.

—Tengo que hallar el Malored antes de que los Thenagon lleguen a nosotros —dijo Valyrzon—. Sólo

con la Piedra Divina podremos acabar con ellos.

—No será posible, Valyrzon —dijo Deh-Jilon—. Ya se acercan.

Valyrzon se quedó atónito. Cuando reaccionó, ordenó que buscaran a Gaspar, el capitán del ejército de Agantyan, y que todos se armaran y se prepararan para batallar. Miladic fue hacia Valyrzon y le dijo: —Valyrzon, dame la autoridad para guiar a los arqueros de Agantyan a defender desde lo alto a nuestro pueblo.

—Tú no batallarás, Miladic —repuso Valyrzon.

—El que sea mujer no quiere decir que sea débil —replicó Miladic—. En el futuro he vivido incluso más que mucho agantyno guerrero. Déjame pelear.

—Está bien —aceptó Valyrzon—. Ve a prepararte. Hablaré con Gaspar. Valyrzon salió del palacio y fue a ver a Smooanwish. Gaspar entraba en aquel momento a Eafterth, así que los tres fueron al palacio a prepararse para la guerra.

—Los Thenagon están con los aquianos, el pueblo del mar —informó Deh-Jilon cuando entraron al salón de armamentos del palacio, donde había unos doscientos eafterthianos colocándose las armaduras—. También tienen fekarnos y una docena de sumaderios, dragones de cuatro cabezas que echan hielo por la boca.

—¿Y nosotros qué tenemos? —preguntó Valyrzon, colocándose el casco.

—Unos dos mil agantynos, doscientos magos y ciento cincuenta bikarnios —dijo Intelyon.

4

—Si entran en esta casa —dijo la mujer muerta— hay tempestad.

Levantó un dedo como un garfio y lo dejó suspendido, mientras nos miraba con ojos podridos.

En ese entonces no sabíamos que estaba muerta, y Vicky me apretó la mano con fuerza.

Mientras avanzábamos por la vereda vimos a la mujer sentada en el porche ensombrecido. Al principio no nos dimos cuenta de que había alguien, porque estaba quieta, pero cuando nos acercamos se levantó y quedó en el borde del porche, sin pisar la vereda. Algo nos intranquilizó. No nos detuvimos en ningún momento. La pasamos de largo, sin contestar, y sin perderla de vista.

La mujer se quedó quieta, viéndonos avanzar, hasta que no la vimos más.

—Esa mujer —dijo Vicky—, ¿es como los otros?

—Sshhhh —le dije—. No sé. No sé.

Hacía varias horas que habíamos huido del Club. Ahí habíamos advertido las primeras manifestaciones de la pandemia. O sea: en realidad había algo en el ambiente que, pensándolo hacia atrás, ya prefiguraba algo. Quiero decir, en retrospectiva, luego nos dimos cuenta de que la prohibición de salir al boliche no había sido un capricho de las autoridades municipales. Pero el problema estuvo en que no se explicó cuáles eran los riesgos reales de lo que ocurría.

Durante el día había visto a las fuerzas de la Base Naval Puerto Bel-

grano en la esquina de Sarmiento y Zelarrayán, y más tarde frente a la Universidad.

Cuando Victoria llegó a almorzar, se lo dije.

—También vi soldados en la esquina del Juan XXIII —me contestó ella.

Para cambiar de tema le comenté que Rodri, un compañero de laburo, había vuelto del recorrido temprano, a media mañana, y nos había comentado que el *shopping* estaba cerrado. Que los autos estaban estacionados pero no dejaban entrar a nadie, y que una camioneta con uniformados de gris custodiaba el acceso.

A la noche salimos, luego de tomar algo en *Único*. Ahí nos encontramos con Ornela y Macarena.

—Irina, Ale y Betiana van directamente al Club, ¿no? —preguntó Vicky.

Maca asintió.

Allí, en el Club, efectivamente nos encontramos con las compañeras de carrera de Vicky.

La dinámica de la noche hizo que nos perdiéramos y encontráramos varias veces, pero el grupito, mayoritariamente, siempre se mantenía en la pista, salvo cuando alguien iba al baño, al patio o a buscar bebida.

Ornela, la enana, fue la primera en desaparecer. Había ido al baño. El boliche estaba repleto. De tanta gente, no se podía ver nada. De repente, gritos en la zona del baño. Pero la música estaba alta y al principio nadie llevó el apunte. Cuando dirigí la vista hacia el griterío pensé en una riña. Había como treinta personas empujándose. Pero no estaban pe-

Nos metimos en un local que estaba en la esquina de Alem y 11 de

—Hacer frente a los Thenagon será más difícil de lo que imaginamos —dijo Valyrzon—. Ellos son espectros; no podemos hacer nada con nuestras espadas. Además, no esta-

un grito que no fue oído y se convirtió en grandes burbujas en el agua, porque la mano de Corwalod se había quemado. Dejando al Malored a la vista en el fondo del lago, Corwalod regresó a la superficie ocultando su mano lastimada.

Emergió a unos metros de los botes donde se hallaban los demás. Nadó hacia ellos y entre los otros dos caballeros lo subieron a la embarcación. Corwalod se sentó frente a Valyrzon y junto a Qanokaar.

—No he podido hallar nada, mi señor —mintió—. Lamento profundamente que mi búsqueda haya sido vana.

—No es de vida o muerte, Corwalod. Está bien —dijo Valyrzon intentando consolar a quien no lo necesitaba.

Cuando estuvieron en el castillo y a solas, Corwalod le contó lo sucedido a Qanokaar.

—Debe de tener un hechizo o algo así, que no permite que los enemigos lo toquen —dijo Qanokaar, caminando por la habitación pensativamente.

—Pero, ¿cómo lo destruiremos? —preguntó Corwalod.

—No podremos hacerlo —dijo Qanokaar—. Debemos irnos y juntar un ejército. La única opción que tenemos es arrasar Agantyan.

La maligna ambición de Corwalod lo había cegado a tal punto que no sabía que Qanokaar era capaz de matarlo a él, su cómplice, con el fin de obtener algo de poder. Así, por la noche de ese mismo día, Qanokaar y Corwalod escaparon de Eafterth sin que nadie lo supiera y caminaron

largamente por las heladas tierras de Agantyan hasta que hallaron a dos bikarnios negros, cuya raza en realidad se llamaba fekarnos, y que eran bikarnios convertidos al mal por el dios Malef.

Qanokaar y Corwalod montaron en los fekarnos y remontaron vuelo. Aquellos animales eran muy veloces y en poco tiempo llegaron a la Isla de los Thenagon, donde el gobernador provisional había sido asesinado por los suyos. Qanokaar y Corwalod aterrizaron y bajaron de los fekarnos. Algunos Thenagon se acercaron a él.

—*Mio dera yh Saluti* —dijo Qanokaar [Quisiera ver a Saluti].

—*Saluti widato, Bu Angel* —respondió un pequeño Thenagon—. *Goimad hel Vertok widat yh loe* [Saluti murió, Señor Angel. Goimad y Vertok lo mataron].

—Hablen en sadornio —ordenó Qanokaar—. Mi compañero habla sólo ese idioma y quiero que entienda lo que decimos. —Se dio vuelta y miró a Corwalod—. Están diciéndome que Saluti, el gobernador que me suplantaba por un tiempo, fue asesinado por dos traidores a quienes mataré con gusto. ¡Tráiganlos!

Dos Thenagon llevaron inmediatamente a su presencia a otros dos espectros plateados. Qanokaar ordenó que los echaran al suelo y sacó su espada, con la que los decapitó sin más. Corwalod estaba sorprendido, pero pensó que debía acostumbrarse a eso, si quería llegar a ser un gran señor.

Qanokaar guardó su espada con sangre plateada y miró a Corwalod.

Abril. Ahí nos quedamos esperando que pasaran las horas.

Betiana estaba nerviosa y se tomaba los codos. No pronunciaba palabra alguna. Irina hablaba de más, y su verborragia nos ponía nerviosos a todos.

—No sé ustedes pero la verdad que quiero irme a mi casa, esta ciudad nunca me gustó mucho preferiría estar con mi familia en Rivera no pasan estas cosas lo que pasa es que la gente de Bahía es mala mala y por eso sucede que la gente se comporte así...

Macarena, Maquita, estaba sentada en el piso, como adormecida. La vimos ponerse pálida. Vicky se acercó a ella.

—Maquita, ¿te sentís bien? ¿Estás descompuesta? —Se puso de pie—. Le voy a traer un vaso de agua... —me dijo. Yo asentí.

Macarena no podía hablar. Sus cuerdas vocales no le funcionaban y cuando quería pronunciar las palabras se le confundían, se le trababan; balbuceaba. Y entonces...

Jjjjjjjj...

Otra vez ese sonido producido ya no por una garganta humana, sino por unas fauces animales.

Jjjjjjjjjj.

Macarena, que estaba sentada en el piso, tomó a Irina de los pies y la tiró. Ahí la golpeó con los puños y le mordió el brazo. Oímos cómo la piel del antebrazo era desgarrada.

Irina todavía estaba viva cuando Maquita la comenzó a devorar. Tomé un matafuegos que estaba en la pared y se lo asesté a Macarena reiteradas veces. Al final quedó echada en el suelo, inconsciente.

—Tenemos que irnos; si no están vivos, no podemos matarlos —dijo Vicky. Y se empezó a reír. Fue una risa producto de la insania, liberadora de tensiones, y actuaba como un mecanismo para mantener la cordura. Entonces vio el brazo arrancado de Irina en el piso, en medio de un charco de sangre, y su risa se transformó en carcajadas.

Tuve deseos de decirle “¿De qué te reís, Victoria?” o, mejor aún, de llamarla por su nombre y apellido, cosa que la molestaba muchísimo, porque sólo la llamaba así cuando estaba enojado. Y lo estaba. Quería que se tranquilizara y que me ayudara a salir de esta situación. Pero, en vez de pelearla, dije: —¿Dónde está Betiana?

—¿Eh? —dejó de reírse Vicky.

—Betiana, boluda... ¿Dónde se metió?

—Betuuuuu... ¿dónde estás?

—Acá. —La morocha apareció detrás del mostrador. Había estado todo el tiempo escondida. No quiso mirar cómo estaban sus amigas.

—Pronto se van a levantar estas dos —dije—. Y no quiero estar acá cuando eso pase.

—Ey, Betu, ¿qué hacés? —preguntó Vicky.

—Me fijo en Internet si hay alguna noticia de esto... para entender qué está pasando... —Betiana tecleaba en su celular y ya se conectaba a Internet.

No pude detenerla; no sabíamos que la enfermedad se propagaba por la sangre o por vía informática.

El caso es que, de un momento para otro, Betu nos quiso atacar y debimos huir de Frogs en un auto que, de milagro, tenía la llave puesta.

Los muertos vivientes al principio son torpes para desplazarse, pero van afianzándose en el terreno y luego logran una agilidad y una fuerza poco común. Dejamos fácilmente a Betiana encerrada en el local, con la puerta trabada con una maceta descomunal que encontramos ahí, y anduvimos sin rumbo fijo un rato.

—¿Estarán en toda la ciudad? —preguntaba Vicky en voz alta—. ¿Se habrá salvado alguien?

Entonces oímos un sonido lúgubre.

Ése era el sonido de la desazón. Nuestra angustia creció. Porque justo pasábamos frente a la plaza Rivadavia, y ese ruido significaba que la catedral estaba tomada. En efecto, detuve el auto y nos bajamos, y al mirar hacia el cielo vimos cómo un zombi se bamboleaba sobre la cúpula de la Catedral.

Deambulamos un tiempo más, pensando si la ciudad estaba sitiada, si los militares iban a venir a rescatarnos, si iban a bombardear todo por considerar que ya no quedaban personas. Vagamos sin sentido y nos cruzamos con la vieja que nos dijo:

—Si entran en esta casa... hay tempestad.

Y es raro pensar que esa mujer estaba muerta, porque podía hablar, y la pérdida del lenguaje era un sín-

toma que se veía en todos los muertos vivientes que nos habíamos cruzado. O, tal vez, horas después, algunas funciones se restablecían en el organismo. Pero quiero creer que no. Que el lenguaje es el último bastión en el que podemos refugiarnos de los monstruos bárbaros que vampirizan nuestros días, y que nos amenazan con desterrarnos de nuestro mundo.

—Ariel —me dijo Vicky—. Vení.

Nos besamos mientras la ciudad colapsaba hacia un nuevo orden. A cien metros advertíamos a alguna persona arrastrándose, pero nuestras esperanzas eran fatuas; sólo era un muerto intentando ponerse en pie.

Al final terminamos en esta radio. Yo sigo pensando que tal vez los militares estén cerca y deben tener radios, y que tal vez estén escuchando. Así que, si están escuchando esto, vengan a buscarnos a Radio Palihue. Hoy es 11 de diciembre de 2015; la ciudad está tomada, pero todavía quedamos personas reales. Por favor, vengan a rescatarnos, no bombardeen, estamos vivos, pedimos ayuda, queremos salir de acá... *jjjj*... no sé por qué... no puedo hablar... pero queremos que alguien nossssssss... *jj*... ooiga... el caso es que... *JJJJJJJJjjjjjjjjjj*...

© PATRICIO CHAIJA, 2013.

PATRICIO CHAIJA
(Paraguay —Ciudad del Este, 1982—)

Argentino nacido en Paraguay, residente en Bahía Blanca, es profesor de Letras y autor de varios libros.

En **NM** publicó "Diez Águilas Amarillas" (# 10), "Crisálida" (# 12) y "Cintia Torres y su especial percepción de la realidad" (# 23).

comenzó a buscar por todas partes a la Piedra Divina. Entonces sintió que algo lo asía y se dio vuelta. Dos Thenagon lo tomaban por una pierna, y un tercero iba a toda velocidad hacia él. Le cubrió la cara y Qanokaar se desmayó.

Despertó justo a tiempo para ver una espada dirigirse hacia su cabeza, y perdió el conocimiento para siempre.

Qanokaar emergió del lago. Valyrzon y los demás, preocupados porque hacía tiempo que se había sumergido, se alegraron de volver a verlo.

—Deh-Jilon estaba a punto de ir a buscarte —le dijo Valyrzon—. ¿Has visto o encontrado algo?

—Discúlpeme, señor, pero no he podido hallar nada, a pesar de mi larga búsqueda —respondió Qanokaar—. Le ruego que perdone mi ineficacia.

—Por favor, Qanokaar, no digas más —repuso Valyrzon sonriendo—. No es tu culpa; debe de estar enterrado muy profundamente. Bien, creo que deberíamos volver al palacio. Mañana por la mañana continuaremos. ¿Alguno de ustedes se ofrece para buscar al Malored?

—Yo, señor —respondió un caballero llamado Corwalod de Anbos—. Deseo poder ser útil para usted.

—De acuerdo, Corwalod —aceptó Valyrzon.

Al volver al palacio, Qanokaar se quedó atrás para hablar con Corwalod.

—Oye, Corwalod, ¿no te gustaría gobernar todo este reino y muchos más? —le preguntó. En ese momento le brillaron los ojos misteriosamente,

pero Corwalod miraba el suelo y no lo notó.

—Me gustaría ser rey, o al menos un poderoso señor, sí —respondió Corwalod.

—Pues ahora es tu oportunidad, junto a mí, de cumplir con ese deseo —dijo Qanokaar—. Mañana, cuando busques el Malored, haz lo imposible por encontrarlo. Si lo logras, que es lo que más quiero, tráelo a la superficie y juntos nos iremos de aquí para tomar el poder de la Piedra Divina, juntar algún ejército y venir aquí para ser reyes de este reino y luego conquistar otros. Si se niegan a darnos el mando, haremos una guerra. ¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí —respondió Corwalod, con una sonrisa malévola, sin sospechar, como los demás, que Qanokaar había sido asesinado por Angel y que ahora éste ocupaba su cuerpo.

Al día siguiente, por la mañana, el grupo salió del palacio y se dirigió al lago Crislak. En el camino se cruzaron con Lavenow Umarian, que gracias a la magia de los secretos medicinales de Anelow había sanado por completo y se dirigía al palacio para ser llevado a Headumar, como lo deseaba.

Corwalod imitó a Qanokaar y, al respirar bien por última vez, se sumergió lentamente en el agua. Nadó hasta el fondo, donde miró por todas partes, y luego comenzó a buscar bajo tierra. Entonces lo encontró: el Malored, con sus hermosos colores, brillaba entre el barro. Pero cuando Corwalod, sonriendo, lo tomó, lanzó

thianos, los cuatro compañeros casi no hablaban. Entonces Valyrzon se enderezó.

—¿Dónde está Miladic? —preguntó.

—No lo sé —contestó Hanzui, con los ojos cerrados—. ¿Para qué quieres verla?

—Debo preguntarle algo —dijo Valyrzon, y dejando su vaso en la mesilla corrió hacia la puerta más próxima y entró al palacio.

Buscó a Miladic por casi todo el edificio y finalmente la halló en una habitación, sola, tocando una hermosa canción en un arpa. Estaba sentada de espalda a la puerta.

—Miladic —dijo Valyrzon.

—¿Qué? —dijo Miladic sin dejar de tocar.

—Necesito preguntarte algo.

—Pues pregunta.

—¿Qué sucedió en la batalla entre los Thenagon y Agantyan? ¿Quién de nosotros ha muerto?

Miladic se detuvo. Dejó el arpa a un lado y se dio vuelta.

—¿La batalla entre los Thenagon y Agantyan? —repitió—. No hubo algo que se pudiera llamar batalla entre la Tierra Blanca y los Espectros. Luego de que entregaste el Malored, Angel y sus huestes arremetieron contra todo el reino y no tuvimos tiempo de defendernos. Destruyó todo a su paso, mató a cientos y cientos de agantynos. Los únicos mil supervivientes apenas pudimos escapar hacia la gran fortaleza de Kaleom, donde nos han tenido sitiados desde entonces. Luego nos preparamos para una única y definitiva batalla, donde la única mujer que combatió

fui yo. Durante esa terrible batalla el Anciano Silbante me entregó el Reloj del Retorno, con el que pude llegar aquí para advertirles.

—De acuerdo, pero, ¿quién había muerto hasta que te fuiste?

—Hanzui estaba gravemente herido, el rey Pendor de Sadornia estaba muy débil y ya no batallaba e Intelyon... ¡Ay!, no, ¡Intelyon había muerto!

Valyrzon palideció.

—Intelyon había muerto... —repitió—. ¿Quién lo mató?

—Su primo, Ragon, que se unió a los Thenagon —explicó Miladic—. Antes de viajar a la Isla de los Thenagon asesinó a su prima Niviana. Dirigía una parte del ejército de los Espectros: las bestias aladas llamadas fagondas.

—¿Quién dirigía al ejército de Agantyan? —preguntó Valyrzon.

—Gaspar, su capitán actual, dirigía a los agantynos, y Deh-Jilon lideraba a los bikarnios.

—De acuerdo, gracias.

Valyrzon volvió al patio algo aturdido. Se sentó en su silla y miró a Intelyon. En un futuro no muy lejano, el mago había sido traicionado y asesinado por su propio primo.

Esa noche, bajo casi las mismas condiciones climáticas (hacía sólo un poco menos de calor), el rey Pendor, Valyrzon, Intelyon, Hanzui, Deh-Jilon, los tres caballeros del rey y una curiosa Miladic fueron al lago para buscar otra vez el Malored. Qanokaar tomó aire varias veces y luego se zambulló en el lago. Nadó por unos minutos hasta llegar al fondo, donde

EL BOSQUE DE SINERGIA

DANIEL FLORES

A su manera, Trek me avisó que una estrella chocaría contra nosotros y que el hecho era inminente. Un montón de jadeos intraducibles y movimientos de cola, y cada tanto algún ladrido lastimero, constituían el cuerpo del mensaje. Claro que no hicieron falta palabras; me bastó con ver a Trek despierto en mitad de la noche para saber que era algo urgente.

—Ya voy —le dije.

—¡Roof!

Me incorporé con cuidado en el catre. La espalda me dolía como si algo se hubiese roto. Pero no, no había nada roto; simplemente ya no estaba en edad de moverme a cualquier hora, y mucho menos con ese frío. De no haber sido por la angustia evidente del cancito, no hubiera movido un músculo. Me eché una manta gruesa sobre los hombros, encendí fuego en un palo y, con lentitud, comencé a desandar el camino de la cueva

hasta la superficie. La luz temblaba por los corredores e iluminaba perezosamente a Trek, que iba unos pasos adelante abanicando la cola; los tallos externos de su columna vertebral se abrían y se cerraban con una ansiedad que delataba el miedo. Mis tallos —los de los codos, al menos— permanecían cerrados como una cripta.

La abertura de la salida resplandecía como si afuera hubiera explotado algo. Trek salió con ánimo feroz, a todo ladrido; yo, antes de seguirlo, asomé la cabeza para comprobar que no hubiera riesgo. Y no lo había, de momento.

El Llano Azul se encontraba ahora encendido por la cercanía de una estrella que parecía quieta en el cielo, sus rayos extendiéndose y achicándose continuamente. No se sentía aún el calor.

—Así que éste era el apuro. Ya veo... —reflexioné sin dejar de exa-

minar el fulgor—. Supongo que debe ser el fin del que habla el *Compendio*, Trek. Aunque es extraño que la Gran Fuente no nos haya dado señales. No lo entiendo. ¿A vos qué te parece?

—¡Roof! ¡Grrr! ¡Roof! ¡Roof!

—Es inútil ladrarle a la estrella, pedazo de tonto; no tiene oídos.

—¡Grrr!

—Está bien, está bien, tranquilo —le dije mientras acariciaba las hojas tiernas de su lomo—. Mirá allá, en las otras cuevas; parece que todos los planticios salieron a ver lo mismo, ¿eh? Claro que no es un evento que deba pasar inadvertido. ¡El fin es todo un acontecimiento! Siempre supe que sería de este tenor: majestuoso, arrasador... ¿No estás ansioso? Mirá cómo cae, tan lenta que parece eterna. Decime, ¿no se te hizo larga esta vida, Trek? Porque a mí sí, debo confesarlo.

Pero mi can no paraba de gruñirle y de rabiarse contra la estrella suspendida en el cielo. Tal era la intensidad del brillo que no dejaba ver siquiera las gigantescas matrices herbales frente al Llano Azul.

—Quieto ya, Trek, que quiero ver esto en absoluta calma. ¿Por qué no vas a buscar mi escritura de trans migración? Creo que es tiempo de decir las palabras.

—¡Roof!

Mi obediente muchacho, aunque un poco a regañadientes, corrió al interior de la cueva, tomó de encima de la tabla de noche el *Compendio* y me lo trajo. Quitó unos restos de baba de la tapa, abrí el enorme tomo y busqué entre las diversas fórmulas. Ésta no, ésta tampoco, aquélla no me

gustaba tanto, la otra era poco conveniente; no, no y...

Y entonces la estrella se movió en el cielo hacia un lado, lentamente, proyectando nuevas sombras en otra dirección; luego se movió hacia el lado opuesto. Parecía como si nos estudiara. De pronto, el foco de luz se acercó tanto hasta nosotros que creímos que moriríamos carbonizados; pero no, para nuestra sorpresa ¡no había calor! Es más, la luz volvió a alejarse y se detuvo en un punto aún más alto que el original. No era una estrella, descartado.

—¡Roof! ¡GRRROOF!

Miré a Trek y, como parte de lento proceso, empecé a sospechar. Es decir, empecé a escucharlo. ¿Por qué diablos no le había prestado atención hasta entonces? ¿Tres vidas juntos y un simple punto blanco me hace desoír a mi fiel Trek? ¡Qué tonto me sentía!

La luz se alejó hacía una zona remota del llano, luego giró, volvió, inspeccionó terrenos casi inhóspitos y al fin se apagó.

—Quieto, amigo; silencio. —Lo detuve antes de que volviera a quejarse.

El Llano Azul volvió a su oscuridad pacífica y las luminosas matrices volvieron a aparecer ante nosotros, colosales, de verdosa belleza. Pero entre ellas y nosotros había ahora un gigante. Su anatomía no distaba demasiado de la de un planticio, siendo generosos; usaba un traje blanco que a simple vista parecía bastante incómodo y llevaba un casco redondo y espejado. Lo vimos detenerse sobre una de las matrices; la observaba,

—No te deja hacerlo porque es la tercera vez que te caes de él y te rompes la misma pierna —dijo Anelow, regresando con un botiquín de primeros auxilios—. A ver, levanta un poco la pierna. ¿Estás bien, Valyrzon?

Valyrzon, distraído oyendo la conversación, fue tomado por sorpresa. Miró a Anelow.

—¿Qué?

—Que si te encuentras bien.

—Claro que sí.

—¡Ay!

A Lavenow parecía dolerle mucho la pierna, porque lagrimeaba sin querer. Anelow se la ató fuertemente con una venda a una tabla y se retiró. Al poco tiempo regresó y le dio de beber a Lavenow un poco de agua. Dejó el vaso en una mesita y se fue.

Lavenow miró a Valyrzon.

—¿Quién eres tú? —le preguntó.

—Siel Valyrzon de Unax, caballero de Sadornia y guardia real del rey Pendor de Angeth.

—Sólo quería el nombre —dijo sonriendo Lavenow—. Yo soy Lavenow Umarian, tengo trece años y cuando salga de aquí desobedeceré a mi madre e iré a Headumar a convertirme en soldado del ejército de Agantyan.

—Al parecer tu madre es sobre protectora, ¿verdad? —dijo Valyrzon.

—¿Al parecer? ¡Cualquiera lo notaría a millas! Es la madre más molesta de todo Agantyan, y eso que en Zuda hay una mujer que siempre ha vivido molestando a su hijo, no permitiéndole hacer lo que quería, aun hasta ahora, cuando ella tiene ciento diez años y él noventa. El hijo

es un imbécil, por cierto, ¡porque mira que estar con tu madre durante toda tu vida, y morirte al mismo tiempo! Lo seguirá molestando en la muerte, seguro.

A Valyrzon le dio risa la manera de hablar de Lavenow. Sin embargo, estaba un poco de acuerdo con él y así se lo dijo.

Al día siguiente, cuando Valyrzon salió del hospital, Lavenow y él eran ya grandes amigos. Valyrzon prometió visitarlo cada dos días hasta que saliera del hospital, y no decirle a su madre que planeaba ir a Headumar.

—Es una suerte que te hayas recuperado —dijo Hanzui—. Así podremos continuar con la búsqueda del Malored. Uno de los caballeros del rey Pendor, Qanokaar de Olis, se ha ofrecido para buscarlo.

—Está bien —dijo Valyrzon—. Lo haremos hoy por la noche.

Valyrzon, Intelyon, Hanzui y Deh-Jilon estaban sentados en confortables asientos en el jardín trasero del palacio. Al irse Valyrzon del hospital aquella fría mañana, no pensaba que por la tarde haría un calor tan insoportable. Debido a ello, los eaferthianos se habían entregado a unas horas de descanso en el lago Crislak, en los ríos y riachuelos o bien en las grandes cascadas. Valyrzon, Intelyon, Hanzui y Deh-Jilon habían optado por llevar algunas sillas y una mesilla al jardín trasero del palacio y pedir algo de refrescante bebida, mientras disfrutaban de la sombra que les brindaba la enorme estructura donde moraban los reyes.

Degustando aquel delicioso y extraño jugo que producían los eafer-

Divina. Hemos intentado buscarla pero corrió peligro la vida de Deh-Jilon, nuestro nuevo amigo, y decidimos suspender la búsqueda hasta su llegada.

—Muy bien, me complacería quedarme aquí un tiempo, así que ayudaré con lo que pueda, Valyrzon.

El grupo se dirigió al palacio, donde el rey Pendor y sus tres caballeros fueron presentados a los reyes eafertianos. Luego de dejar sus cosas en una habitación, el rey Pendor acompañó a los cuatro compañeros al lago, donde Valyrzon se sumergió.

Nadó hasta el fondo del lago y, cuando casi no tenía más aire, quiso subir, pero un espíritu lo encontró y lo asió rápidamente de una pierna, impidiéndole escapar. Valyrzon se desmayó por la falta de oxígeno y sintió que era trasladado a un lugar muy lejano.

Abrió los ojos y se halló frente a Angel. Él lo tomó por el cuello y lo levantó en el aire.

—Seré lo más breve posible, Siel Valyrzon —dijo—. Quieres mucho a Agantyan, ¿verdad? Pues lo verás destruido si no me traes el Malored, y no quiero engaños.

—No cumplirás con tu palabra, lo sé —dijo Valyrzon—. En el futuro te he dado el Malored para salvar a la Tierra Blanca y tú tomaste su poder para destruirla.

—Puedo hacer lo que quiera con una posesión mía —dijo Angel—. Es hora de volver al dulce hogar, Valyrzon. Recuerda: el Malored o Agantyan.

—Elijo destruirte —dijo Valyrzon.

—¡No está en las opciones! —gritó Angel, y tiró al suelo a Valyrzon.

Éste sintió un gran dolor en la cabeza y se desmayó.

—Valyrzon, ¿estás despierto?

Valyrzon abrió los ojos. Miladic lo miraba. Se sentó en la cama y miró a su alrededor.

—Estás en el hospital —dijo Miladic, como si hubiera leído la mente del muchacho—. Tardabas mucho en el lago, así que Deh-Jilon se sumergió y te rescató. Estabas inconsciente y parecía que te habías ahogado. También tenías una herida en la cabeza, así que te trajeron aquí. Angel te secuestró, ¿no es cierto?

—Sí, así es.

—Dime que te negaste a su pedido o te mataré.

—¡Claro que me negué! ¿Quién te crees que soy?

—El Valyrzon que conocí era un cobarde y un traidor, y ésa es la imagen que tengo de ti.

—No sé quién sea ese Valyrzon, pero yo no soy nada de eso.

—Está bien, ya entendí.

Miladic se fue poco después. Cuando ella salía, la enfermera entró con un muchacho a su lado, ayudándolo a caminar.

Lo recostó con diligencia en una cama al lado de la de Valyrzon, y se fue hablando en voz alta hacia una habitación contigua.

—¿Cuántas veces debo decirte, Lavenow, que tu madre ha dicho que no montes en Suxniar?

—Mi madre dice muchas cosas, Anelow —repuso el joven—. Tengo trece años y aún no me deja montar en el caballo en el que mi hermana Azile montó a los cinco años.

la exploraba con su luz portátil y tanteaba su estructura con avidez. Cuando noté que en el horizonte había otros gigantes merodeando por el bosque de matrices, empecé a retroceder lentamente hacia la cueva.

—¡Adentro, vamos! —le dije a Trek sin quitarle los ojos de encima a la enorme silueta—. ¡A encender el Nervio Alfabético! A prisa, a prisa...

—¡Roof! ¡Roof!

Trek, con la lengua fuera, se perdió al trote por el corredor de piedra. Yo lo seguí a mi ritmo. Para cuando llegué al Subsuelo de Control, el Nervio Alfabético ya estaba completamente encendido y dispuesto. Me encaminé al panel largo y comencé a frotar los símbolos pertinentes. Supuse que las otras cuevas ya tendrían encendidos sus respectivos paneles, así que, sin más dilación, pulsé el bulbo rosado y envié la orden: *¡Todos a las matrices, antes de que los gigantes escapen! Viertan todo el saviácido, de ser necesario...*

—Pronto, Trek; hay que abrir los capullos. Tardaré un buen rato en desvestirme. Sé obediente.

Y Trek era obediente, claro que sí, y —más que eso— era astuto. Era leal. No tardó nada en destapar los dos depósitos; el suelo estaba poblado de cables florales que brillaban con luz tenue y le conferían al rincón del subsuelo un aspecto sacro. Miré el interior de los largos capullos y sonreí. Hacía tanto que no entraba en uno que por un instante creí que no podría volver a manejar nuestra matriz y que fracasaría como un pobre viejo olvidadizo. ¿Cómo se activaban los brazos-espinos? ¿Con qué nervio

se accionaba el conducto de saviácido? Y los nutrientes, ¿cómo se hacía para dividir los nutrientes en los diferentes almacenes? ¡Ufl!, eran muchas las dudas. Pero no había tiempo para consultar el *Compendio*. Había que actuar.

El can entró primero, con una mezcla de ansiedad y diversión. No perdió tiempo. De inmediato se recostó dentro de la cápsula y, sin que yo le indicara nada, dio una vuelta sobre sí mismo para que los tallos de la columna vertebral se ajustaran a los axones. La comunicación fue lenta, supongo que porque el nido llevaba un buen tiempo sin uso; pero, una vez realizado el contacto, el capullo comenzó a cerrarse sobre Trek y a ceñirse a su cuerpo hasta quedar reducido a una película gelatinosa y reluciente. A su alrededor, los cables florales se agitaban; la información del can viajaba hacia las matrices con total normalidad. Para entonces, Trek ya no se movía y sus ojos se habían vuelto hacia atrás, pálidos.

Tardé en desvestirme tanto o más de lo que había pronosticado. Una vez libre de ropas, me acerqué al rincón, esquivando los cables con sumo cuidado, y apoyé un pie dentro del capullo. Lo sentí tibio y aceitoso; también noté cómo tendía a ceñirse a mi pie con un extraño impulso de familiaridad. Tardamos relativamente poco en reconocernos. Complacido, me recosté y ubiqué cada uno de mis tallos en las neuritas tubulares que conectaban el capullo con las matrices; poco a poco, todas fueron encastrando en su lugar. Se sentía bien, se sentía fresco, pero una fres-

cura de intensidad vital, casi eléctrica. *Zzzum, zzzum*, se oía el cimbreo de la cápsula. Las membranas comenzaron a descender. Lo inmediato fue el miedo, quizá por falta de costumbre. Respiré con calma. Hubo un momento en el que el exterior perdió la nitidez casi por completo; las membranas se oscurecían a medida que se ajustaban a mi cuerpo. Pronto todo se enrareció y, como desprendiéndome desde las entrañas, comencé a viajar a través de los conductos hacia el bosque. El cambio de perspectiva fue majestuoso.

Lo que sigue no puedo relatarlo con claridad. Imágenes fugaces, incompletas; eso es lo que queda después de la matriz. Recuerdo a los gigantes de cascos espejados, ahora pequeños y urgentes, y todo el bosque de matrices encendido, desplegándose para cerrar el perímetro con una coordinación casi musical. Debíamos asegurar la zona. Nosotros tardamos en reaccionar. Luego de revisar los circuitos, probamos dar las primeras órdenes; alteramos el color de la corteza, después testeamos la ignición de los frutos, estiramos un brazo, otro. A final vemos que todo marcha bien. Y más que bien, ya que las largas espinas del brazo con el que jugamos logran capturar al sujeto de la luz móvil; sí, de inmediato lo envolvemos, lo traemos, invertimos su postura en el aire. Trek y yo somos ahora una misma sangre que va y viene por un cuerpo en armoniosa voluntad. Decidimos presionar y el sujeto del traje blanco comienza a agitarse; buscamos los puntos más tiernos, tanteando con paciencia, has-

ta que logramos atravesar el material con una espina. Hay un ruido apagado detrás del espejo, como un *glub*. En ese momento, Trek me impulsa a que ciñamos otro poco, por si acaso, y yo accedo. Fue justo el movimiento que necesitábamos: el casco del gigante por fin se quiebra y nos revela detrás un rostro amoratado con unos ojos a punto de salirse, la boca como queriendo comerse el aire, una lengua que se hincha. Al cabo de un momento, los brazos del sujeto caen a los lados. Levantamos y acercamos el cuerpo a la matriz para corroborar su estado: inactivo. No obstante, el trabajo recién empieza. Pero antes de continuar observamos en la distancia y nos gusta lo que vemos. Hay por allá una matriz larga, una de las más grandes del parque, que logra capturar tres cuerpos y, sin perder un instante, vemos que de sus fibras verdes superiores comienza a soltar una intensa lluvia de saviácido. Los sujetos pronto caen, se convulsionan; la desintegración de los trajes deja ver figuras realmente similares a nosotros, salvo por la elemental ausencia de tallos y por el tamaño de la estructura general. Pero el saviácido no se detiene y el tiempo para observar la forma externa es muy corto. Se oyen los gritos matizados por una afonía que pronto se apaga con ellos, paulatinamente; las pieles se desprenden de los rostros y aun así los sujetos se llevan las manos a la cara, como en un extraño gesto de esperanza. No conocían el procedimiento; es posible que vinieran de otro lado. El líquido que cae de las fibras altas no se detiene hasta el *final*. Trek me

—¿Y a ti qué te importa? —replicó ella, y levantándose rápidamente se dirigió al palacio. Valyrzon, Intelyon, Hanzui y Deh-Jilon la siguieron. La joven entró al palacio y se dirigió al salón del trono, donde hizo una reverencia ante los sorprendidos reyes eafertianos.

—Mis señores —dijo la joven—, he venido de un futuro no muy lejano, en el que Agantyan vive terribles momentos. El gran reino ha sido reducido a una única gran ciudad, Kaleom, cuyo gobernador es el gran sabio llamado Anciano Silbante, aquel que ha estado en todas las guerras libradas en el mundo y que con su silbido puede narrarlas detalladamente. Los reyes Vaed y Siana han sido asesinados por Angel, el rey de los Thenagon en la Tierra, y la princesa Jadia ha sido secuestrada hace meses. Siempre luchamos defendiendo a Kaleom, mis señores, con la vaga esperanza de que el Malored sea hallado por Siel Valyrzon de Unax y nos guíe a una victoria eterna.

—¿Qué? —dijo Valyrzon—. ¿Aún no he hallado al Malored?

—¿Tú eres Valyrzon? —preguntó la joven, dándose vuelta.

—Así es, y deberías reverenciarlo —dijo el rey Vaed.

—Por supuesto que no —repuso ella—. Por tu culpa el futuro es como es.

—Pero, ¿qué sucedió?

—Angel te llevó a su presencia y amenazó con destruir a Agantyan si no hallabas al Malored y se lo dabas a él. Tú, estúpido cobarde, lo hallaste al día siguiente y escapaste de Agantyan montado en un caballo, llegaste

a la costa y subiste al barco en el que habías llegado a la Tierra Blanca. Fuiste a la Isla de los Thenagon y le entregaste el Malored a Angel. Escapaste de la isla y luego te escondiste en Sadornia; Angel fue con sus huestes a Agantyan y destruyó casi todo a su paso. El Anciano Silbante dice que si le quitas el Malored a Angel seremos libres, pero tú sigues escondido en Sadornia y no has hecho nada.

—Yo nunca haría eso.

—¡Pues lo hiciste, estúpido! He venido a advertirles sobre esto para que no suceda otra vez, y si le llegas a entregar el Malored a Angel te cortaré la cabeza.

—No lo haré, lo prometo.

—Más te vale. Por cierto, mi nombre es Miladic.

Cuando salieron todos del palacio se oyeron voces en la cueva de entrada a Eafert. A continuación, Beawinhor salió de ella, seguido por el rey Pendor, tres caballeros y Smooanwish. Valyrzon, Hanzui, Intelyon y Deh-Jilon fueron a recibirlos.

—Mi señor —dijo Valyrzon, mientras los cuatro hacían una reverencia—. Creía que eran más personas.

—Éramos más personas —dijo el rey Pendor—. Este unicornio hablante, Beawinhor, nos halló después de haber salido de la Isla de los Thenagon. Espero que a esos espectros les haya bastado con decapitar a cinco caballeros míos. Nosotros cuatro escapamos por poco. Y bien, Siel Valyrzon, aquí estamos. ¿Qué te trae por aquí?

—El Malored, señor —contestó Valyrzon—. Existe y es una Piedra

—Gracias, Woolan —dijo Intelyon, y el niño se fue—. Es una carta de Niviana —dijo a sus compañeros.

Intelyon leyó la carta y miró a Valyrzon.

—El rey Pendor averiguó, de alguna manera, la ruta que seguimos para llegar aquí, y hace un tiempo ha emprendido el viaje.

—No importa —dijo Valyrzon—. No veo el motivo para buscarnos y encontrarnos a través de un largo viaje, pero...

La expresión del rostro de Valyrzon cambió. Miró a sus tres compañeros.

—Ojalá no toque tierra en la Isla de los Thenagon —dijo, corriendo hacia la caballeriza del palacio.

—¿Qué sucede? —preguntó Hanzui.

—¡Oh, no! —dijo Deh-Jilon—. Hay que avisarle a su rey sobre la Isla de los Thenagon, o de otro modo lo matarán.

Valyrzon abrió la puerta de la caballeriza para que Beawinhor saliera, cuando Intelyon, Hanzui y Deh-Jilon llegaron. Intelyon tocó a Beawinhor con una mano y un resplandor azul salió de ella.

—Eres rápido como el viento, y ahora lo serás como la luz. ¡Corre! —dijo el anciano.

Beawinhor salió de la caballeriza corriendo y se lanzó hacia la entrada a Eferth, desapareciendo por ella. Valyrzon, Hanzui y Deh-Jilon miraron sorprendidos a Intelyon.

—Siento no haberles dicho esto antes —dijo Intelyon—. Pero yo también soy un mago, como Niviana y Ragon. Los tres somos nobles en

la comunidad mágica a la que pertenecemos.

—Eso es maravilloso, Intelyon —dijo Hanzui, sonriendo.

Valyrzon y Deh-Jilon sonrieron también. Si sucedía algo, siempre tendrían la ayuda de Intelyon, y los cuatro lo sabían.

Volvieron al palacio, luego de decidir esperar al rey Pendor para continuar la búsqueda. Hablaron durante un tiempo en su habitación; luego salieron del valle y fueron al lago Crislak y se sentaron en la orilla. Entonces salió una luz blanca del centro del lago, que se apagó y cayó al lago nuevamente. Parecía ser una persona, y Deh-Jilon se sumergió en el agua para rescatarla. Reapareció segundos después y nadó rápidamente a la costa. Salió del lago y depositó el cuerpo sobre el césped. Algunos eafterthianos se acercaron.

Era una mujer joven, de cabello no muy largo de color negro, atado con una cinta blanca. Vestía un traje de tela reforzado con cuero, como una especie de armadura blanca. En una de sus manos sostenía un objeto sumamente extraño, de color plateado y metálico. En la otra mano asía una espada fina color plata, y en su espalda había un carcaj lleno de flechas y un arco grande. Por las heridas que tenía en la cara y en los brazos parecía haber estado batallando hacía poco tiempo. Valyrzon le tocó la cara cuidadosamente y ella abrió los ojos. Miró a Valyrzon y se sentó. Miró a su alrededor y sonrió.

—Lo he logrado —dijo.

—¿Qué has logrado? —le preguntó Valyrzon.

sugiere que hagamos lo mismo con el sujeto que apresó nuestro brazo-espino, ¿no podíamos tenerlo ahí colgado para siempre! Por supuesto, pienso, ya mismo, pero —tal como había temido— no recordaba cuál era el camino que llevaba hasta las fibras superiores. Tantas son las hebras de una matriz que un simple desvío lo lleva a uno a cualquier parte y se pierde. Entonces la sangre de mi can, al sentir lo que yo pensaba, brilló en una dirección y me señaló la ubicación precisa. El buen Trek, siempre atento. Le agradezco con un relampagueo de colores y enseguida parto por un sendero que ahora recuerdo pulido y con un sabroso olor a pétalos; me hubiera gustado que el trayecto fuese más largo, con más espacios y curvas, y giros y pendientes, pero lo cierto es que no tardé nada en llegar hasta la bomba de saiviácido. Rápidamente me deslicé por un corredor, accedí al nervio conductor, abrí los bulbos que pendían de las fibras y, con un delicado giro alrededor de la llave-aguja, solté la lluvia verde y luminosa sobre el sujeto. Si me preguntan, no sé, me hubiera gustado permanecer más tiempo ahí dentro. Me sentía joven; era como un pulso constante y fuerte. Ojalá tuviéramos la oportunidad de entrar a las matrices con mayor frecuencia, pero por aquí, por Sinergia, nunca viene nadie. A veces, cada tres o cuatro generaciones, aparece alguno. Y bueno, eso hay que aprovecharlo.

Cuando todos los cuerpos se hicieron líquidos y empezaron a filtrarse hacia las raíces, la actividad de las matrices comenzó a mermar. Trek

se encargó de separar los líquidos vitales para transmigración de los líquidos alimenticios, como también condujo todo lo prescindible hasta el depósito de desechos. La matriz me expulsó a mí primero. Más tarde salió mi can, más contento y activo que nunca.

Lo primero que hice una vez afuera fue revisar el depósito de alimentos. ¡Puff!, con lo que obtuvimos de ese sujeto teníamos para cuatro o cinco vidas más. Supuse que Trek se pondría contento con la noticia.

—Muchachito, habrá Llano Azul para largo. Y supongo que, con la energía residual, podríamos tomarnos la libertad de rejuvenecer un poco —guiñé un ojo.

—¡¡Roof!! —ladró y comenzó a dar vueltas a mi alrededor. De su lomo brotó una hojita, como gesto de agradecimiento. No hay gesto planticio más bello que brotar para otro. Le acaricé el lomo y le revolví los pelos entre las orejas.

—Está bien, está bien, pero antes vamos a dar un paseo. Se acerca la hora de la claridad, cancito. Lo de anoche merece un espectáculo.

—¡Roof! ¡Roof!

Trek salió primero de la cueva, como siempre. Yo lo alcancé a mi ritmo. El exterior era fresco y el arribo del día comenzaba a encender el llano. Por allá había otros esperando el amanecer. Saludé con una mano; me devolvieron el gesto. Noté cierta alegría que flotaba en todo el campo. Se olía el perfume de los frutos y la hierba del bosque; la tierra brillaba. Pensé en la regeneración. Era una ventaja no tener que transmigrar y

ahorramos con eso una vida; además, el proceso es largo y aburrido. La mayoría optaría por regenerar. ¿Y por qué no?; después de todo, teníamos energía de sobra. Pero hubiera sido de mala educación hacerlo sin dar antes la ofrenda diaria. La Gran Fuente es la esencia de todo lo que somos, la que mantiene vivas las matrices y frescos nuestros tallos; sin ella no hubiéramos podido con los gigantes. Así que con Trek cami-

namos algunos metros fuera de la cueva hasta encontrar un lugar cómodo y nos sentamos sobre la tierra azul, bien juntos, de espaldas al día. Y cuando el sol despuntó en lo alto, más allá de bosque, al igual que el resto de los planticios, nos inclinamos un poco hacia delante, abrimos cada uno los tallos y, con una fuerza simultánea, florecimos.

© DANIEL FLORES, 2013.



DANIEL FLORES
(Argentina —Buenos Aires, 1983—)

Músico, escritor y futuro docente, cursó estudios de corrector literario y periodístico en el Instituto Superior de Letras Eduardo Mallea. Actualmente cursa materias del profesorado de Lengua y Literatura. Realizó varios cursos de escritura y periodismo con ALBERTO LAISECA, CECILIA SPERLING y OSVALDO BAIGORRIA, entre otros. A los 25 años decidió mudarse a la provincia de Tucumán (Argentina), en donde actualmente reside.

Sus cuentos fueron publicados en varias revistas de habla hispana en la Argentina, España, Chile y Ecuador. Es autor de *Bajo un cielo carmesí* (Ed. Reina Negra, 2011), un volumen compuesto por catorce cuentos que oscilan entre lo fantástico y el horror.

Mantiene su ciberbitácora en <http://verbaetumbra.blogspot.com>.

Allí, sumergido hacía miles de años, se hallaba el Malored, tal vez esperando ser encontrado para regresar a manos de su amo.

Silenciosamente, Deh-Jilon entró al agua. No oyeron nada durante unos cinco minutos; luego Deh-Jilon emergió ruidosamente, y regresó al bote tan rápido como pudo. Se sentó junto a Intelyon, con cara asustada y temblando.

—¿Qué ha sucedido, Deh-Jilon? —preguntó Valyrzon—. ¿Encontraste algo?

—Espectros —dijo Deh-Jilon, temblando—. Nadé unos metros hacia el fondo y entonces sentí algo detrás de mí. Me di vuelta y vi a un Thenagon de color verde, al parecer un antiguo espíritu destruido en una batalla. Intenté nadar hacia la superficie, pero aparecieron más Thenagon y quisieron llevarme al fondo para asesinar-me. A duras penas escapé, y sin encontrar nada.

—Nos importa más la vida de cualquiera de nosotros que el Malored, Deh-Jilon —dijo Valyrzon—. No te preocupes.

No realizaron otra búsqueda ese día. Decidieron caminar por Eafterth y conocer en detalle aquel hermoso pueblo.

Un eafterthiano que se hallaba en un pequeño puerto al lado del cual corría un río los invitó a dar un paseo en bote. El río atravesaba una arboleda con plantas exóticas y extraños animales, así que los cuatro compañeros aceptaron la invitación.

El recorrido del río por Eafterth era largo, y los compañeros disfru-

taron bastante. Oyeron una especie de coro formado por pájaros color violeta, que emitían un hermoso sonido. Vieron correr a un conejo diminuto de color dorado por el césped, cual si fuera un insecto. Al pasar al lado del hospital de Eafterth, una enfermera les ofreció una copa de jugo natural de un fruto proveniente de Gaodia, la Ciudad del Sol, el cual aceptaron y con el que quedaron maravillados por su espléndido sabor. Pasaron luego por los campos de Eafterth, donde sus habitantes trabajaban arduamente, por lo que la cosecha era siempre exitosa y sobrebundaban las frutas y verduras. Todos los trabajadores saludaron a los compañeros sonriendo y luego volvieron a su trabajo.

Al terminar el recorrido agradecieron al eafterthiano y regresaron al palacio. Permanecieron allí el resto del día y, luego de cenar, se acostaron. Valyrzon durmió pocas horas, debido a que le preocupaba no poder encontrar al Malored y no realizar la misión para el dios Odeon.

Al día siguiente, Valyrzon anunció en el desayuno que buscaría al Malored él mismo. Todos estuvieron de acuerdo, aunque compartían la preocupación de que le sucediera algo. Sin embargo, no intentaron disuadirlo y se dirigieron al lago para navegar nuevamente hacia su centro.

Cuando salían del palacio fueron detenidos por Woolan. Llevaba un sobre en la mano, el cual entregó a Intelyon.

—Es para vos, señor —dijo—. Acaba de llegar.

villosa que por fuera, decorada con extrañas luces que le daban un aspecto mágico.

Atravesaron el salón principal, que estaba desierto, y entraron al salón del trono, donde el rey Vaed y la reina Siana estaban sentados en sus tronos, al parecer aguardando a alguien. Smooanwish se adelantó.

—Mis señores —Hizo una reverencia—, he hallado en nuestros territorios a estos hombres y a este unicornio alado. Han venido en son de paz, buscando al Malored para devolvérselo al dios Odeon.

—Pero si no desean que lo busquemos nos retiraremos enseguida —aseguró tímidamente Hanzui.

El rey Vaed sonrió.

—Los Seres del Valle hemos esperado largamente este momento, Hanzui de Joke —dijo—. Busquen el Malored, entréguelo al dios Odeon y hagan lo que deseen: volver a sus tierras o quedarse a vivir aquí, en este pacífico reino.

—Sabíamos que el dios Odeon enviaría a alguien en la búsqueda de su Piedra Divina —dijo la reina Siana—. Y tú eres el escogido para realizarla, Siel Valyrzon de Unax.

Todos los presentes en el salón hicieron una reverencia hacia Valyrzon. Él, sorprendido, dijo:

—Así no hubiera sido escogido, hubiera querido servir igualmente al dios Odeon, majestades. Gracias por este cálido recibimiento, y espero que esto no interfiera con su vida cotidiana.

—Al contrario, será un gusto que estés aquí, Valyrzon —dijo el rey Vaed—. Woolan, guíalos a su habita-

ción, por favor. Smooanwish, puedes volver a tu guardia. Goboar, lleva al bikarnio a los establos y trátalo como se merece alguien de su especie.

Mientras Smooanwish hacía una reverencia y se iba, dos muchachitos salieron de la multitud; uno se llevó a Beawinhor por una puerta, y el otro les hizo una seña para que lo siguieran. Salieron por una puerta lateral y caminaron por un corredor angosto. Subieron una escalera de caracol y se hallaron en una habitación redonda y muy grande. Allí había varios muebles brillantes y cuatro camas preparadas.

—Cualquier cosa que necesitéis, señores, pedídmela y yo cumpliré —dijo Woolan, y haciendo una reverencia se retiró.

Los cuatro se sentaron en sus camas, silenciosa y pensativamente.

—Mañana buscaremos al Malored —dijo finalmente Valyrzon—. Muy temprano, por la mañana.

—Yo lo haré —decidió Hanzui—. Siempre he sido un buen nadador —añadió sonriendo.

—¿No sería lo más adecuado asignarme la misión a mí? —dijo Deh-Jilon—. Soy un aquiano. Puedo respirar en el agua y nado velozmente.

Acordaron que al día siguiente le pedirían a Woolan un bote e irían al lago Crislak. Deh-Jilon se sumergiría y nadaría hasta el fondo, buscaría al Malored y volvería a la superficie.

Valyrzon no pudo dormir en toda la noche. Se levantó al alba y salió a pasear por Eferth, silencioso y fresco en la mañana. Fue al lago Crislak y miró las aguas por unos minutos.

LOS CRÍMENES DEL TERRESTRE

M. C. CARPER

El hombre recorrió con la mirada la sala circular. Había veinte estrados alrededor, cada uno ocupado por un alienígena. El terrestre estaba en el centro. Molesto, cambiaba el pie con que soportaba su peso cada tanto. Al mismo tiempo hacía sonidos con la boca para demostrar su hastío.

Los alienígenas que lo rodeaban eran tan diferentes entre sí como extraños para el humano. Algunos tenían apariencia humanoide, otros eran gelatinosos. Uno parecía formado de espuma rosada. Ante el humano había un ser con cara de equino que, con gesto adusto, golpeó tres veces un martillo de madera en el estrado.

—Damos comienzo a la evaluación de conducta número 796543/6. Se ha seleccionado al azar al señor Eduardo Miguel González, un nativo típico del planeta en cuestión.

El terrestre carraspeó fastidioso, levantando la mano para pedir la palabra.

—¡Eh! ¡Eh! —gritó—. Esto es un raptó. Una abducción, que le dicen ¡Devuélvanme ya mismo a la Tierra!

—¡Silencio! ¡El nativo debe guardar silencio! Sólo tiene permitido hablar para responder las preguntas del fiscal. ¿Va a elegir a un representante para su defensa?

El terráqueo estudió a las criaturas que lo rodeaban. No tenía la más mínima idea de por qué estaba allí. Hacía minutos caminaba en medio de la calle, pateando una botella de plástico, cuando hubo un fogonazo y un segundo después apareció en medio de aquel circo de fenómenos dementes. Le pareció una locura dejar que una de esas cosas hablara por él.

—No tengo idea del motivo de la acusación, pero rechazo de plano al representante. Si necesito defender-

me, prefiero hacerlo yo mismo —declaró.

—Rechazo aceptado —dijo el equino—. Queda asentado.

Eduardo metió las manos en los bolsillos de su pantalón. Empezó a silbar bajito. Los alienígenas le parecían muy formales en sus modos. Toda la escena tenía un tono surrealista. Inocencia y estupidez importadas desde el país de las maravillas.

—¿Y por qué carajo me trajeron acá? —estalló Eduardo, para probar el carácter de las criaturas, cansado con la situación.

—¡Compórtese! —ordenó Cara de Caballo.

—No, no me callo nada. Ustedes me trajeron. Yo soporté sus modos; ahora, aguántense los míos.

El ser equino era un magistrado con autoridad, un juez. Sostuvo la mirada de Eduardo unos segundos.

—Eso no hablará en su beneficio. Pero conociendo su carácter iremos al punto en cuestión. Los delitos que lo traen ante este tribunal son los siguientes: contaminación del hábitat; polución en el aire, la tierra y el mar; extinción provocada de numerosas especies; deforestación indiscriminada y masiva; esclavitud de congéneres y otras especies; uso de la tortura y asesinato de semejantes y otros seres vivos, lo que incluye depredación y flagelos; violencia gratuita hacia toda forma de vida; mala praxis de la ciencia para desequilibrar el ecosistema. ¿Cómo se declara?

Eduardo buscó algún gesto delator entre los presentes. ¡Aquello era

una broma! ¿Qué tenía que ver él con todo eso?

—¡Inocente! —respondió con voz alta y clara.

En ese momento se abrió un panel lateral por el que entró al círculo de luz una figura encapuchada envuelta en una capa; el rostro invisible entre los pliegues de la ropa. Una especie de vapor blanco escapaba entre las arrugas de la vestimenta. Se ubicó ante el humano y dijo: —Soy el fiscal, señor González. Dígame: ¿almorzó hoy?

Eduardo lo observó casi sonriendo. ¿Qué clase de pregunta le hacía?

—Sí —respondió—, una hamburguesa con papitas y un huevo frito. ¡Riquísimo!

El encapuchado se volvió veloz hacia el estrado.

—¡Que su respuesta quedé asentada, su señoría! —exigió exhalando vapor—. El acusado admite alimentarse del cuerpo triturado de un esclavo indefenso, de tubérculos atacados por sustancias envenenadas y de cigotos producidos bajo tortura. ¡Tres crímenes monstruosos para la obscena práctica de devorar conciudadanos!

El humano agitó los brazos hacia el juez.

—¡Paren! ¡Paren! Así es la costumbre en mi planeta. ¡No es un crimen! No se considera un delito; es sólo comida.

El encapuchado humeante se alzó intolerante ante el hombre.

—La forma en que minimiza ese acto revela su naturaleza, señor González. Yo he visto cómo se tortura a las aves en las granjas. Tenemos grabaciones de la actividad de los

—Cállate, Siel Valyrzon, o partirás el hielo. Para qué gritar tanto, si sólo te he tocado.

Valyrzon abrió los ojos. Estaba acostado en el suelo, envuelto en su capa, y frente a él un hombre joven de largo cabello negro, ataviado con un traje de cuero y una capa gruesa, lo miraba sonriendo. Valyrzon se puso de pie y miró a su alrededor. Hanzui e Intelyon no estaban y Beawinhor sacudía sus grandes alas cerca de allí, acariciado por Deh-Jilon.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó—. ¿Dónde estamos?

—Nos hallamos cerca de la ciudad de Doler-nitii, Siel Valyrzon. Tus compañeros han ido en busca de ayuda. Por si no te has dado cuenta, estás sangrando.

—¿Qué?

—Te caíste del unicornio cuando volaban cerca de aquí y tuvieron que aterrizar para buscarte. Yo los encontré y les indiqué hacia dónde debían ir para llegar a la ciudad más próxima. Por cierto, soy Smooanwish, guardián de Eafterth.

—¿Eres el guardián de Eafterth? —dijo Valyrzon—. Oye, si puedes, llévanos allí.

—Seguramente, luego de que te curen.

Hanzui e Intelyon volvieron enseñada. Los acompañaba una hermosa jovencita bastante parecida a Smooanwish. De hecho, se llamaba Eneba y era la hermana menor del guardián.

Eneba curó la herida de Valyrzon y, tras desearle buen viaje, volvió sola a Doler-nitii. Smooanwish, Valyrzon, Intelyon, Hanzui, Beawinhor y Deh-Jilon caminaron largamente hasta

llegar, finalmente, a una gran montaña. Hacía allí muchísimo frío. Smooanwish se adelantó y se acercó a la base de la montaña. Extendió una mano hacia la nieve y dijo en voz alta:

—*Uath honeshel iunloc teh duor ien ohj stie.*

Un cuadrado de luz blanca iluminó la nieve y apareció en su centro una asa plateada, que Smooanwish tomó y tiró de ella, dejando ver un pasadizo de piedra iluminado por antorchas. Valyrzon entró, seguido de Intelyon, Hanzui, Deh-Jilon y Beawinhor. Smooanwish entró tras ellos y cerró la compuerta mágica.

Bajaron por una escalera de piedra hasta ver algo de luz. Caminaron hacia ella, y salieron por algo que parecía la entrada a una caverna. Lo que vieron los fascinó.

Se hallaban en un magnífico valle, que correspondía, según comprobó Valyrzon, tras unos segundos de observación, a la descripción del libro de la biblioteca del palacio en Angeth. Tras admirar el hermoso valle oculto, Smooanwish dijo:

—Si lo desean así, los puedo llevar a presencia del rey Vaed.

—Claro que sí, Smooanwish —dijo Valyrzon.

Siguieron al guardián a través de un sendero de piedra. Atravesaron una arboleda y luego bordearon el lago Crislak. Siguieron por un camino más amplio y llegaron finalmente a los jardines del palacio eafterthiano. A través de un extenso sendero por el que iban y venían personas, llegaron a la escalinata, subieron por ella y entraron al palacio. Era por dentro una construcción tanto más mara-

—Cuando emprendan el viaje a Eferth yo me encargaré de cuidarlo, así que no se preocupen.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Ivhian se fue, arrastrando su bote, y Valyrzon, Intelyon, Hanzui y Deh-Jilon siguieron el camino. En la posada, Ceahlor les asignó amablemente una habitación espaciosa con cuatro camas y varios muebles, donde los compañeros permanecieron un tiempo. Durmieron unas horas, ya que habían estado despiertos toda la noche, y por la mañana bajaron al comedor a desayunar. Salieron de la posada y caminaron por la ciudad. Se sentaron en el banco de piedra de la plaza principal y allí hablaron bastante. Hacia el mediodía, cuando Valyrzon, Intelyon, Hanzui y Deh-Jilon volvían a la posada de Ceahlor, vieron llegar a Ivhian. Arrastraba el bote, lleno de pescado, hacia ellos. Se detuvo y les dijo:

—Encontré a un unicornio alado en su barco. Vendrá aquí cuando emprendan el viaje, para acompañarlos.

Valyrzon asintió y fueron a la posada. Allí almorzaron y se encontraron después con Ivhian, quien ya había terminado el trabajo por aquel día y se dedicaría a enseñarles a los tres compañeros cosas sobre Agantyan.

—Agantyan no es un país; es un reino gobernado por el rey Vaed y la reina Siana. Su hija, la princesa Jadia, es gobernadora de la ciudad de Headumar, la Ciudad del Hielo Eterno. De esa ciudad proviene Gaspar, el capitán del ejército de Agantyan. En realidad, sólo tenemos ejército para emergencias, pues somos

muy pacíficos y nunca entramos en guerra con nadie.

Siguieron hablando hasta avanzada la noche y luego Ivhian se fue a su hogar. Valyrzon, Intelyon, Hanzui y Deh-Jilon se fueron a sus dormitorios y a la mañana siguiente hicieron el equipaje para ir a Eferth. Avisaron a Ivhian que partirían, y el pescador se dirigió al barco de los tres compañeros para relevar a Beawinhor. Luego de despedirse de Ivhian y pagar a Ceahlor, salieron de Moderna y caminaron bajo una lluvia torrencial, apenas teniendo algo de visibilidad. Cuando no pudieron avanzar más caminando, Beawinhor les dijo que montaran en él y los llevaría volando, al menos por un tiempo, para que el viaje no se detuviera. Así lo hicieron y, cuando emprendieron vuelo, la lluvia se transformó en una tormenta de nieve, por lo que tuvieron que envolverse con sus capas y esperar a llegar a un lugar donde la tormenta no arreciara.

Luego de unos minutos, Valyrzon perdió la noción del tiempo. Tenía los ojos cerrados porque le dolían debido al frío, y trataba de aferrarse lo más posible a Beawinhor por miedo a caer desde aquella altura. En cierto momento abrió los ojos y miró hacia delante. Beawinhor se había detenido frente a una gran montaña. Al parecer, habían llegado a destino y ninguno de los cuatro compañeros lo había notado; pero cuando Valyrzon intentó decirselo a Hanzui, la montaña comenzó a caer. Se derrumbaba en grandes fragmentos de rocas, destruyéndose por completo. Valyrzon gritó.

mataderos y de sus aeroplanos arrojando veneno en los campos. Tóxicos que enferman incluso a sus congéneres. —Se giró hacia el juez—. Esas grabaciones se adjuntan a las pruebas, su señoría.

El humano pidió la palabra.

—Todos los que vean esas grabaciones comprobarán, sin duda, que yo no estoy presente en ninguna de ellas.

—Usted participa, señor —dijo el fiscal—; no es necesaria su presencia. Al consumir produce la demanda. Si no fuera por usted, esos maltratos no existirían.

—Pero yo desconocía sobre esos maltratos. Acabo de enterarme. A partir de hoy dejaré de comer.

El fiscal encapuchado caminó de un lado a otro como un animal enjaulado.

—Usted nos cree ingenuos, señor González. Sabemos que está bien informado. Quiero que vea la prueba número veintiséis.

El humeante mostró a todos los presentes un objeto manual dentro de una bolsa transparente. Lo extendió hacia Eduardo.

—¿Puede decirnos que es eso, señor? —pidió el fiscal.

—Sí, es... —comenzó a decir el humano contemplando el objeto. Se mordió el labio, anticipando las intenciones del encapuchado. Tenía que pensar muy bien las respuestas—. Esto es una honda; una gomera de fabricación casera.

—¿Puede explicar para qué sirve este artilugio? —siseó el encapuchado.

—Es para practicar puntería. Se coloca una piedra en el extremo y

se tensan las tiras elásticas; luego se dispara. Es un juguete para niños.

—Tenemos cientos de grabaciones con infantes humanos usando estas armas de “juguete”. Practicando puntería contra seres inocentes e indefensos. Los proyectiles los destrozan y muchas veces los dejan moribundos por horas. Estos asesinatos no son para conseguir alimento ni defenderse. Se trata de una especie de diversión humana.

Un murmullo de asombro inundó la sala. El fiscal levantó un brazo envuelto en ropa para señalar al humano.

—¿A cuántos mató usted con su honda, señor González? No me responda; pregúnteselo usted mismo.

Eduardo entendió que aquel circo no iba en broma. La cosa era muy seria. Tenía que exponer una defensa creíble. Alzó la mano.

—¡Señor juez! Si se me encuentra culpable, ¿cuál será mi castigo?

El ser parecido a un caballo indicó al fiscal que respondiera la pregunta del acusado.

—En el Universo aparecen criaturas destructivas que eliminan toda clase de formas de vida, dejan por completo estéril su hábitat y luego terminan extinguiéndose ellos mismos. Es una naturaleza que carece de lógica o de algún rasgo positivo. Por eso se formó el Consejo de Evaluación de Conducta, en el que ahora está siendo evaluado. Si su especie demuestra capacidades para corregirse, se le concederá un plazo para rectificar sus atropellos. Si se da el caso contrario, procederemos a eliminar a toda la especie, hasta el último individuo. Luego se guardarán un

par de muestras de ADN en una cámara de seguridad contra amenazas biológicas.

El humano tragó saliva, palideciendo. Sudó en abundancia al sentirse perdido. No se le ocurría ningún argumento para salvarse.

—Supongo que el señor fiscal debe tener otras pruebas reservadas para provocar más golpes de efecto —dijo para ganar tiempo mientras pensaba—. Yo no sé cómo serán sus planetas, pero en la Tierra nada es fácil. Los humanos tenemos cuerpos débiles. Fue gracias a nuestro intelecto que conseguimos sobrevivir. Para eso inventamos las armas; para defendernos y conseguir comida. Para hacernos abrigos. Ustedes ya han visto nuestras grandes ciudades. Tenemos vehículos para desplazarnos más rápido. Hemos descubierto la cura de numerosas enfermedades. Nuestro carácter es osado y curioso.

De entre los pliegues de la capa del fiscal salió más vapor que en las ocasiones anteriores.

—Todo lo que dice es irrelevante. Esos logros que menciona fueron obtenidos con mano de obra esclava, mediante torturas morbosas en especímenes cautivos. Sus ciudades producen cantidades enormes de basura y contaminación —declaró el fiscal sin piedad.

—¡No somos todos así! ¡Es injusto condenar a toda una especie por el error de algunos! —protestó Eduardo.

—Por supuesto que hay excepciones —coincidió el fiscal—, pero el porcentaje es insignificante. Los humanos son peligrosos en grupo y

como individuos. Hacen apología de la violencia en cada una de sus acciones. Recompensan la agresividad en los empleos, en los deportes. Basan la finalidad de su existencia en el éxito de unos sobre otros, sin tener en cuenta ningún escrúpulo. Si usted poseyera un arma en este momento no dudaría en usarla, justificando nuestras muertes como único recurso para salvarse. ¿No es así?

La pregunta del fiscal quedó vibrando en el aire. Aquella era una pesadilla que se ponía peor a cada minuto. Eduardo decidió exponer otro ángulo del asunto.

—En los albores de nuestra historia —explicó— hubo profetas que interpretaron la palabra de Dios. El Creador nos dio potestad sobre los animales, la tierra y el mar. Fuimos creados a su imagen y semejanza. Elegidos para reinar en la Tierra.

Todos los alienígenas se mantuvieron en silencio por largos minutos. Eduardo simuló tranquilidad; algo le decía que había tocado un lado sensible de aquellas criaturas.

Los hombros del fiscal se encorvaron mostrando cansancio.

—Hemos analizado mucho tiempo esa estrategia intelectual que llaman religión. Usted dice que un ente cuya existencia no se puede probar le dijo que su raza es “la elegida”. Y basándose en eso se dan permiso para torturar, esclavizar, estafar y sumir en el miedo a sus congéneres. ¿Usted quiere ayudar a su especie con eso?

Dominado por los nervios, Eduardo se rascó la cabeza con insistencia. Cerró los párpados con fuerza hasta hacer doler sus ojos.

—¿Qué hacen tres sadornios de Angeth en mi isla, además de interrumpir la vida de este pueblo?

—Disculpe, señor, pero nosotros...

—Cállate —dijo el jefe—. Soy Angel, el gobernador de la Isla de los Thenagon, y ordenaré su decapitación por irrumpir en este país. ¡*Fedo anukiaren, madag!*

A su orden, tres fantasmas se movieron y quisieron prenderlos, pero Valyrzon se defendió y tomó una daga que llevaba, cortó las sogas que ataban sus manos y luego las de Intelyon y Hanzui. Los tres corrieron por la selva, perseguidos por aquellos espectros llamados Thenagon, y lograron llegar a la costa, donde una flecha alcanzó a Hanzui en una pierna y lo hizo caer. Valyrzon llamó a Beawinhor para que llevara a Hanzui al barco mientras Intelyon recogía el ancla, y luego corrió para subir al navío. Cuando todos estuvieron en el barco zarparon rápidamente, viendo cómo llegaban unos diez Thenagon a la costa y disparaban flechas contra ellos. Sólo se tranquilizaron cuando la isla desapareció de la vista.

Intelyon sacó cuidadosamente la flecha de la sangrante pierna de Hanzui y luego curó la herida. El muchacho había perdido mucha sangre, por lo que luego de la curación se desmayó e Intelyon lo llevó a su cama.

Después del sobresalto en la Isla de los Thenagon, no volvieron a pasar por otro peligro. Hacia la madrugada de un frío y lluvioso día, semanas después de haber abandonado Sadornia, arribaron a una costa total-

mente blanca. Valyrzon, Intelyon, Hanzui, Beawinhor y Deh-Jilon observaron aquella tierra helada y se preguntaron si habían llegado. Dejando a cargo del barco a Beawinhor, los otros cuatro caminaron por la nieve y no hallaron nada durante unas horas, tiempo después del cual vieron una ciudad de piedra blanca. Se dirigieron a esa ciudad, preguntándose si habría gente amigable allí, y al entrar hallaron a un joven que arrastraba un bote pequeño por la nieve. Dentro del bote había todo tipo de elementos de pesca: redes, baldes, cañas de pescar y otras cosas. Valyrzon se acercó al joven y le preguntó qué país era ése. El joven lo miró y sonrió.

—Estás en Agantyan, la Tierra Blanca, en la ciudad de Moderna —respondió—. Es la ciudad de los pescadores y navegantes agantynos. Mi nombre es Ivhian. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Claro que sí —contestó Valyrzon—. Necesitamos hospedaje por unas horas. Tenemos que ir a Eafterth y no sabemos dónde está, así que viajaremos bastante.

—¿Irán a Eafterth? —dijo Ivhian—. Bueno, ninguno de los modernos podríamos guiarlos hacia allí. Algunos hemos ido, pero sabemos más de las aguas de Agantyan que de sus territorios. En cuanto al hospedaje, sigan por este camino y llegarán a la posada de Ceahlor. Los recibirán estupendamente. Yo debo ir a pescar ahora; luego regresaré y hablaré con ustedes. Por cierto, ¿han llegado en barco, verdad?

—Sí, así es.

karnios nos ayudó en la batalla contra el dios Malef por las aguas de la Tierra y, luego de vencer, mi padre ordenó la muerte de las pobres criaturas. Yo me enojé muchísimo con él y me escapé de Sagor, la capital de Aquaban. Desde entonces todos los aquianos me odian y he tenido que sobrevivir como intérprete en pueblos pequeños de Aquaban. Oigan, encárguense de Beawinhor. Yo iré en busca de un barco para llevarnos a la superficie.

Intelyon encontró entre los restos del barco algunas vendas y una sustancia medicinal, con las que curó provisionalmente a Beawinhor. A los pocos minutos Deh-Jilon regresó y les dijo que corrieran lo más rápido posible siguiéndolo a él o los asesinarían. Los cuatro obedecieron y, una vez a salvo en el plateado barco, subieron a la superficie.

Amanecía en el océano, y las aguas teñidas de rojo y anaranjado brindaban un cálido recibimiento para los cinco compañeros. Deh-Jilon curó a Beawinhor y lo dejó descansando, yendo luego hacia donde estaban los demás.

Pasaron algunos días en los que se desataron varias tormentas, y después de la más terrible (en la que Valyrzon cayó al agua y fue salvado por un sanado Beawinhor), arribaron a una extensa playa. Intelyon aseguró el barco y dejó a cargo de él a Deh-Jilon y a Beawinhor. El resto de los viajeros recorrió la playa hasta adentrarse en una selva. Valyrzon y Hanzui debieron hacer uso de sus espadas para poder pasar a través de aquella tupida vegetación, y a duras penas

accedieron a un claro donde la luz solar no llegaba, debido a una especie de cubierta de vegetación. Por aquel claro pasaba un riachuelo, lo suficientemente extenso y profundo como para que navegara por él una canoa. Y, precisamente, al llegar Valyrzon, Intelyon y Hanzui a aquel riachuelo, oyeron un sonido que parecía ser el movimiento de unos remos en el agua. Esperaron unos segundos hasta que apareció, efectivamente, una canoa, con un *fantasma* navegando en ella. El fantasma, de color plateado, se detuvo y miró a los tres compañeros. Habló en un lenguaje desconocido, pero Valyrzon, Intelyon y Hanzui sabían que estaba molesto, por la expresión de su rostro. La figura se puso de pie, hablando, y a continuación hizo sonar un cuerno que llevaba colgado del cuello. Valyrzon, Intelyon y Hanzui oyeron entonces no sólo uno, sino al menos veinte remos que se movían en el agua, y luego junto al fantasma aparecieron otras veinte canoas, con otros veinte fantasmas navegando en ellas. Los fantasmas miraron a los tres compañeros y luego bajaron de sus embarcaciones, fueron hacia ellos y los apresaron, sin que ninguno pudiera defenderse. Los llevaron en las canoas hasta una aldea pequeña, poblada por fantasmas idénticos a aquellos navegantes, y los condujeron ante quien debía ser el jefe. Aquel fantasma era más corpóreo que los demás, por una razón que Valyrzon descubrió mucho tiempo después.

Valyrzon, Intelyon y Hanzui fueron echados al suelo frente al jefe. Él los miró y habló en lengua sadomia.

—Los humanos poseemos valores —dijo con voz temblorosa—. Ética y moral. Tenemos un sentimiento que nos impulsa: el Amor. Amamos a nuestros padres, a nuestros hijos, a parejas y amigos.

—Sin duda —afirmó el encapuchado—; el Amor es un sentimiento conocido por todos los seres de la galaxia. Es un motivador como usted dijo. Pero los humanos combinan al amor con arrebatos hormonales incontrolables. Con ansias de posesión, sumisión y despotismo. Cuando separamos los sentimientos sinceros de la excitación sexual, el porcentaje vuelve a ser desfavorable en esta evaluación. ¿No dicen ustedes que todo vale en la guerra y en el amor? Ponen en el mismo nivel de importancia al genocidio masivo con el cariño. Su sociedad usa un concepto virtual para controlar la economía. En consecuencia, originan un mundo de esclavos que comercian con venenos alucinógenos. Con el sexo y con la salud. Ustedes le ponen precio al agua y a los medicamentos. Incluso al amor.

Eduardo se dirigió desesperado al círculo de magistrados.

—¡Estamos trabajando en las soluciones para todo eso! Tenemos gobernantes que se esmeran por crear un mundo mejor. Ocurre que hay muchos desacuerdos y los políticos sólo buscan enriquecerse. Mejoran sus vidas pactando con los empresarios que depositan el interés en aumentar sus fortunas, descuidando las necesidades del planeta...

El fiscal se giró hacia las tribunas y, sin volverse, dijo:

—¿Y quién escoge a sus gobernantes, señor González?

A Eduardo le demandó un gran esfuerzo continuar de pie. Quería irse de ahí, que todo terminase de una vez. Estaba cansado de responder.

—Nosotros —musitó.

El fiscal torció apenas el rostro.

—¿Perdón? ¿Qué dijo?

Eduardo repitió la respuesta con un suspiro inaudible.

—¡Más fuerte! —lo urgió el encapuchado—. Es necesario que el tribunal lo oiga.

—¡Nosotros! —rugió Eduardo con el rostro desencajado—. ¡Nosotros escogemos a los malditos! ¡Nosotros!

—Tal vez ahora esté arrepentido de haber rechazado a un defensor —dijo el fiscal.

El comentario irritó al humano.

—¡Para nada! Es claro que todos ustedes ya tenían decidido el veredicto antes de traerme acá. ¡Esto es una parodia! —acentuó apretando los dientes.

—No me sorprende que tenga reacciones xenófobas. ¡Es típico de su especie!

El encapuchado se acercó al estrado del juez para hablar en voz baja. Eduardo no podía oír una palabra desde su lugar. Un minuto después, el fiscal se ubicó frente al humano.

—Con todo lo expuesto y sus declaraciones no es difícil anticipar la decisión de este tribunal. Sin embargo, es un hecho su total desconocimiento de nuestras leyes y códigos judiciales. Con la autorización de su señoría, voy a ponerlo al tanto de

un artículo que puede beneficiarlo. Es el número setenta y ocho. En caso de inevitables acciones punitivas que devengan en el exterminio de una especie, es válido para el tribunal presentar a un testigo de inteligencia desarrollada, que pueda comunicarse por medio de un lenguaje para hacerse entender. Este testigo tiene que haber sido víctima de algunos de los abusos que motivaron la evaluación. Si en su declaración el testigo convocado declara a favor del acusado, serán levantados todos los cargos, resolviéndose la total inocencia del acusado.

En los ojos de Eduardo apareció un brillo animado. Los alienígenas eran en verdad unos idiotas. No importaba a quién llamaran. Esa persona, haya padecido el sufrimiento que fuera, no condenaría a su propia especie.

El propio instinto de supervivencia lo haría aliarse con su igual. Eduardo se dijo que haría todo lo posible para convencer al sujeto que trajeran.

Un panel de la pared izquierda desapareció, dejando al descubierto lo que parecía ser un estanque transparente. El juez habló.

—Este tribunal convoca como testigo a la última ballena yubarta, cuya especie está extinta. Sus hijos y nietos fueron asesinados por humanos.

Eduardo miró abatido la punta de sus zapatos. No esperaba aquello. Para él, las únicas criaturas inteligentes y parlantes de la Tierra eran los humanos. Tuvo ganas de llorar.

—No tengo preguntas, su señoría.

© M. C. CARPER, 2013.

MARIO CÉSAR CARPER
(Argentina —Buenos Aires, 1966—)

Ilustrador y escritor, en **NM** publicó “El timo en Sijha” (# 6) e “Incursión en Aguand” (# 10, reeditado en **Próxima**) y realizó varias tapas memorables.

Entre las diversas ciberbitácoras que administra figuran “Diálogos con gente de la CF y otras artes” (<http://dialogoscf.blogspot.com.ar/>) y “Cuentos de M. C. Carper” (<http://mccarpercuentos.blogspot.com.ar/>).

que se podía respirar perfectamente, pues no había agua. Valyrzon caminó por la construcción, aparentemente deshabitada, y salió de ella por un gran portal.

Una ciudad entera de piedra se alzaba ante sus ojos. Mucha gente iba y venía entre aquellos edificios, hablando, trabajando y viviendo como gente normal. Pero no eran normales. Tenían el cabello largo, de color verde oscuro, y tez muy blanca. Los hombres eran altos y fuertes, y las mujeres altas y delicadas. Sus largas piernas terminaban en pies con membranas entre los dedos, lo que les permitía nadar rápidamente. Y, lo más asombroso de todo, podían transformarse en peces.

Valyrzon observaba a aquellos extraños seres ensimismado cuando una mano tocó su hombro. Se dio vuelta y vio a Intelyon y a Hanzui.

—¿Dónde estamos? —preguntó Hanzui—. Lo último que recuerdo es haber caído por el torbellino.

—En el fondo del mar —contestó Valyrzon—. Es una ciudad de piedra donde se puede respirar.

—¿Y esa gente? —dijo Hanzui—. Si son amigables nos podrían ayudar. No sabemos cómo regresar a la superficie y Beawinhor está herido.

—¿Beawinhor está herido? —repitió Valyrzon—. Pidamos ayuda cuanto antes. Yo me encargaré.

Valyrzon se acercó a un grupo de mujeres que hilaban en un telar de bronce en la acera de una casa.

—Disculpen... no sé si hablan mi idioma —dijo.

—¡Deh-Jilon! —exclamó una de las mujeres.

Valyrzon oyó un movimiento en el agua y se dio vuelta. Un joven se acercaba nadando rápidamente. Se detuvo junto a Valyrzon y se enderezó. Miró a la mujer que había hablado.

—¿Meski? ¿Gu eneu? —le dijo.

—*Suh maqu eman* —dijo la mujer, señalando a Valyrzon.

El muchacho miró a Valyrzon.

—¿Qué idioma hablas, terrano? —le preguntó en lenguaje sadornio.

—Precisamente ése —contestó Valyrzon—. Soy Siel Valyrzon de Unax, caballero del rey Pendor en Angeth, noble capital del reino de Sadornia.

—Yo soy Deh-Jilon, hijo del general de los ejércitos de Aquaban, el reino de las aguas oceánicas. Soy el único aquíano que habla lenguas de los terranos y el único capaz de ayudarlos en este momento, así que confíen en mí y entremos a mi refugio.

Deh-Jilon y Valyrzon volvieron al edificio donde estaban Hanzui e Intelyon, cerca de los restos del barco, atendiendo a Beawinhor. El unicornio tenía una gran herida en una de sus patas, la cual sangraba mucho. Deh-Jilon se acercó a él.

—Hay que vendar a este bikarnio —dijo, revisándolo—. Cuando estemos en la superficie podremos curarlo. Ahora, iré a buscar un barco en el que salir de aquí antes de que nos encuentren y nos maten.

—¿Cómo has llamado a Beawinhor? —preguntó con curiosidad Hanzui.

—Bikarnio —contestó Deh-Jilon—. Su especie se llama así. Lo recuerdo bien porque un ejército entero de bi-

—Cuídate mucho, Hanzui —le dijo Bribea—. Cuando regreses, quiero decirte algo muy importante.

—No se preocupe, princesa. Volveré —aseguró Hanzui, y corrió hacia el puerto.

Subió al barco y quitó la rampa. Intelyon comenzó a mover el barco y se alejaron cada vez más de la costa, hasta que Angeth desapareció.

—Debemos recorrer parte del mar Dulian y parte del Fabh, navegar por las costas de Fhrik, en las aguas del océano Songal, hasta llegar al mar de este país desconocido, y de ahí a sus costas. Allí, uno de nosotros se quedará en la costa para cuidar del barco. Los demás emprenderemos el viaje por tierra.

Valyrzon y Hanzui asintieron. Intelyon acababa de recibir un mensaje de sus primos, en el que le explicaban el recorrido que debían hacer para llegar a aquel país desconocido.

—Dice algo más —dijo Intelyon, releiendo la carta—. “Poco después de llegado este mensaje a tus manos, Intelyon, hará su aparición en el barco...”.

Intelyon fue interrumpido por un bello canto proveniente del cielo. Valyrzon, Hanzui y el anciano consejero miraron hacia arriba y vieron a la criatura más hermosa que hubieran visto en sus vidas. Era un unicornio con grandes alas, de un blanco puro, que volaba hacia el barco. Se detuvo frente a Intelyon y lo miró.

—Niviana y Ragon, magos de renombre en Ciudad Real, de la que he venido como su fiel mascota y enviado, ansían ayudar en esta gran

búsqueda y esperan que yo sea un instrumento útil para ustedes. Además de mis servicios debo darles un mapa confeccionado por el anciano consejero de nuestro rey, en el que está trazado vuestro recorrido.

Valyrzon y Hanzui no dijeron nada. Admiraban con la boca abierta el pelaje suave del animal, que brillaba casi tanto como el sol.

—Ah, pues... muchas gracias —dijo Intelyon—. Cuando regreses con ellos, agradéceles mucho de nuestra parte.

—Por supuesto que lo haré, señor. Por cierto, mi nombre es Beawinhor.

Luego de esta sorpresa, navegaron tranquilamente por espacio de algunos días. Intelyon consultaba el mapa algunas veces, pero no tenían que hacer nada más que mantenerse navegando hacia el sur.

Una noche, mientras una gran tormenta amenazaba con hacerlos naufragar, el barco se sacudió terriblemente. Valyrzon fue a ver qué sucedía y se encontró con una horrible sorpresa: se acercaban a toda velocidad a un torbellino. Valyrzon les avisó enseguida a Intelyon y a Hanzui y juntos intentaron desviar al barco, pero pese a sus esfuerzos la nave fue succionada por el vórtice.

Cayeron por un túnel vertical de agua durante unos minutos, al cabo de los cuales el barco se destrozó contra un duro suelo de piedra. Valyrzon se puso de pie con mucho esfuerzo, pues tenía varias heridas, y miró a su alrededor. Se hallaban, al parecer, en algún tipo de construcción de piedra en el fondo del mar, en la

ESPACIO, ESPACIO...

CARLOS SUCHOWOLSKI

Un día o, más exactamente, una noche tuvimos los primeros indicios de que tendríamos problemas en la casa, aunque no se nos pasó por la cabeza hasta qué punto..., por lo que no nos pusimos a indagar. En realidad, nunca lo hicimos, y no tanto a causa de la indolencia que nos caracterizaba, así como de una acentuada incapacidad para admitir que lo irremediable pudiera producirse. El fenómeno, desde que se manifestó, fue aumentando, aunque al principio lentamente, pero sin dejar de evidenciar que proliferaba y que se hacía más y más complejo y, sin embargo, en todo el proceso, sólo fuimos capaces de actuar como quienes asisten a una representación que nos hubiesen ofrecido para pasar el rato... De este modo, nos fue poco menos que imposible buscar, hallar y tomar medida drástica alguna..., y permanecemos a merced del tiempo, acunados en la ingenuidad, el opti-

mismo y la contemplación..., con la idea de que estábamos asistiendo al segmento creciente de la curva al que seguiría la pendiente marcha abajo... No obstante, por mucho que lo dicho sirva para justificarnos, el problema estuvo allí desde el primer instante, desde los primeros y más sutiles pasitos, y tanto entonces como luego, cuando se fueron reduciendo las posibilidades, hasta que ya no se podía actuar en absoluto, estuvimos siempre en la misma trampa. ¿Cómo, por ejemplo, se nos habría ocurrido irnos y cambiar de casa, con todo lo que habíamos almacenado y acomodado allí dentro, con lo que nos habíamos acostumbrado a todo eso y a verlo donde estaba? ¿Cómo alejarse y empezar de nuevo en otra parte..., en impensables condiciones de penuria...?

Debo decir también que nunca nos engañamos, que siempre supimos que estábamos ante una situación

real... (porque todo lo demás lo fuimos añadiendo, jugando con la imaginación a partir de hechos cuya objetividad nunca se nos ocurrió poner en duda). Tanto los primeros, los más tímidos pasitos, como, noches después, las primeras galopadas, leves, infrecuentes e irregulares todavía, fueron atribuidas a pasitos y carrerillas verdaderas. Esas noches aún podía leer un rato antes de dormirme (es decir, los ruiditos no me distraían de manera continuada), y precisamente me encontraba acabando, por suerte, una novela de Gombrowicz... donde unas líneas, leídas contra aquellos golpeteos sincopados de fondo que venían del otro lado con creciente insistencia, me llevaron a considerar a éstos relacionados —misteriosamente, sin duda— con lo que esas páginas estaban describiendo, como ecos nacidos en realidad del libro; ecos que por fin, noches más tarde, ya acabado el libro, y en el paréntesis que siempre interponía con la lectura siguiente (que esta vez se dilataría sin final, por culpa del fenómeno), sentí como si se hubiesen invertido, siendo ellos los que, tras tomar el control y volverse decisivos, fueran los que producían, ahora en mí, los ecos suyos como frases, pensamientos, sonoros puntos suspensivos codificados en morse, que reproducían lo que había estado leyendo. En cualquier caso, aun después de convertirse en monótonos, no se nos ocurrió tomar todo eso muy en serio, y todas las cosas que nos vinieron a la cabeza, como lo de Gombrowicz, en parte con la intención de explicarnos mágicamente el fenómeno, no fueron sino especulaciones imaginarias.

Fuera como fuese, dedicamos toda nuestra atención a lo que sucedía detrás de las paredes, o más bien dentro, y fuimos apreciando hasta un grado de precisión magistral dónde sucedían las cosas y qué podía estar allí pasando. Los golpecitos iban de uno al otro lado por dentro de los muros, de extremo a extremo de las paredes que se hallaban al frente, donde habíamos dispuesto la cómoda y arriba un par de cuadros, y después por las que estaban a cada lado de la cama (sólo mucho después dejaron de respetar la pared en la que apoyábamos los almohadones al leer). A veces se concentraban, repicando en unas u otras zonas por vez, aunque dejando cada vez menos lugares sin que fuesen visitados. Pronto comenzaron a cruzar de lado a lado la habitación y enseguida bajo el suelo, girando en las esquinas y perfilando el marco de la puerta, y por fin a recorrer el techo, tanto por el borde como atravesándolo en diagonal, pero también siguiendo curvas precisas, arcos, cuerdas, parábolas... que nos parecían trazadas por geómetras telegrafistas que estuviesen haciendo mediciones del terreno y contabilizando sus cálculos en la memoria de sus rapidísimos pasos.

Una noche el ruido comenzó a aumentar notablemente, y a presentarse de modo más continuo e insistente, añadiéndose a los pasitos y estampidas habituales series prologadas de chillidos, que a veces parecían constituir órdenes perentorias y, otras, desafíos o improperios que provocaban a su vez quejas o protestas. Más de una vez creímos firmemente que

frente a él estaba Intelyon. Sacó del bolsillo una carta y se la dio a Valyrzon. Él la desdobló y la leyó.

Querido Intelyon:

Hace mucho que Ragon y yo sabíamos del Malored. Si viajas al sur, directamente, por el océano, llegarás luego de bastante tiempo a una tierra de nieve. Ése es el país que buscas. Más que eso no sabemos. Escríbeme si han de partir en su busca, porque podemos darles una pequeña ayuda.

Con mucho cariño, se despiden,

Niviana y Ragon.

Valyrzon dobló la carta como estaba antes y se la devolvió a Intelyon.

—Debemos viajar al sur, según tu prima, por el océano —murmuró pensativamente.

—Así es —dijo Intelyon—. Tenemos que adquirir un barco lo suficientemente resistente. Según Niviana, es un largo viaje.

Valyrzon no dijo nada más. Pensó durante todo el día y por la noche fue a ver al rey Pendor.

—Mi rey —comenzó haciendo una reverencia—, vengo a pedirle permiso para realizar un viaje, ya sea solo o acompañado.

—¿Un viaje? —repitió el rey—. ¿Adónde?

—Hacia el sur, por el océano, señor —respondió Valyrzon—. Voy a buscar una piedra preciosa llamada Malored para devolvérsela al dios Odeon.

El rey Pendor arqueó una ceja. Valyrzon sabía que parecía una locura, pero se mantuvo firme.

—Quieres viajar al sur, por el océano, para buscar una piedra llama-

da Madore y devolvérsela al dios Odón —recitó—. Vamos, muchacho, entra en razón. No existe ningún dios llamado Odón...

—Odeon —corrigió Valyrzon.

—Odeon —dijo el rey Pendor—.

Sólo existe el dios Shinun, y todos los sadornios lo adoramos. Quédate aquí, con gente normal, y no vayas en busca de aventuras sin sentido. Ahora vete.

Valyrzon hizo una reverencia y salió rápidamente del salón. Fue a ver a Intelyon, quien estaba con Hanzui, el escribiente del rey Pendor, en el observatorio.

—Intelyon —dijo Valyrzon—, mañana partimos. Me dijo “vete”.

Hanzui, al saber del Malored, se ofreció enseguida para ir. Valyrzon le dijo que se ocupara de conseguir un barco no muy grande, para no llamar la atención de los angethianos. Intelyon le escribió enseguida a Niviana y Ragon para informarles de su partida, y luego él y Valyrzon se ocuparon de lo que debían llevar. Hacia la madrugada, Hanzui volvió al observatorio y les dijo que el barco estaba listo. Entre los tres cargaron todas las cosas y subieron. Hanzui se quedó un momento en la biblioteca para buscar un libro escrito por un ancestro suyo, que le gustaba mucho, y al salir para dirigirse al puerto se encontró en el pasillo con la princesa Bribea.

—¿Vas a algún lado, Hanzui? —le preguntó ella dulcemente—. Pa-reces apurado.

—Si promete no decir nada, emprenderé un largo viaje —dijo Hanzui.

Una noche, a Valyrzon le asignaron realizar la ronda nocturna por todo el palacio. Cuando llegó a la biblioteca se asombró de ver una lámpara encendida y entró para averiguar de qué se trataba. Era Intelyon, quien leía algunos de los libros más antiguos de la ciudad.

—¡Intelyon, eras tú! —exclamó Valyrzon al verlo—. Creí que era un ladrón o algo así.

—No puedo dormir —repuso Intelyon—. ¿No deberías estar durmiendo?

—Me asignaron la ronda nocturna —explicó Valyrzon—. ¿Qué lees?

—Bueno, este libro parece tener muchas leyendas —dijo Intelyon, señalando un volumen grande y muy viejo que estaba abierto por la mitad.

—¿Puedo sentarme aquí contigo?

—¿No estabas vigilando el palacio?

—Ya lo hice.

—De acuerdo.

Valyrzon se sentó junto a Intelyon y leyeron la historia que estaba escrita en aquellas páginas.

“Una vez, un dios llamado Odeon libró una batalla con otro dios, llamado Malef, quien era maligno. El dios Odeon poseía una piedra preciosa muy bella, a la que había puesto por nombre Malored; era eso precisamente lo que Malef quería. Así pues, el Malored, en medio de la batalla que tenía lugar sobre un país desconocido, cayó dentro de una montaña, la más grande de aquel país, a la cual jamás había arribado ser alguno. Cayó, pues, dentro de esa montaña, por largo tiempo, hasta que llegó a su base, en la cual había un valle, muy grande, lleno de grandes cascadas, bellos árboles,

hermosas plantas y extrañas y bonitas casas. En el centro del valle, donde desembocaban todos los canales y cascadas, y también los arroyos, había un gran lago cristalino. Ese valle se llamaba Eafterth, y muchos cuentan que en el centro del gran lago Crislak yace el Malored, aunque dicen que está muy profundamente escondido, y nadie se ha atrevido a ir a buscarlo. Un hombre llamado Sarcarán el Sarcástico, cuenta una breve historia poco creíble, debido a su nombre. Dice que el Malored simplemente cayó en el helado mar perteneciente a aquel país. Aún no se sabe si existe o no”.

—Sería fantástico que alguien encontrara al Malored —dijo Valyrzon.

—Si es que existe —dijo Intelyon—. Recuerda que es una leyenda.

—Me gustaría buscarlo si esta leyenda fuera real, y debe de serlo. Aquí hay una ilustración de la piedra —dijo Valyrzon—. Realmente es hermosa —añadió—. Debe haberla hecho el dios Odeon. Si la hizo, tiene que guardar algún poder.

—Tienes razón —dijo Intelyon—. Podríamos buscarlo, sólo para asegurarnos de que no existe.

—Aunque deberíamos abandonar Sadornia —dijo Valyrzon—. ¿No sabes cuál podría ser ese país desconocido?

—Escribiré a mis primos —dijo Intelyon—. Ellos deben saber.

Valyrzon e Intelyon se quedaron unos minutos más en la biblioteca, y luego salieron y se fueron a sus habitaciones.

—¿Te han respondido?

Valyrzon desayunaba en el salón de los sirvientes del palacio. Sentado

se producían reyertas, y pronto asistimos a ellas de manera cada vez más frecuente, hasta que se hicieron multitudinarias, no ya entre dos o tres individuos, sino entre grupos, manadas, clanes y, por fin, ejércitos, envueltos en violentas bataholas y refriegas. Era evidente que allí dentro, a los lados, enfrente, abajo, arriba... se libraban batallas de una fiereza y una incontenencia significativas, y de francas pretensiones incondicionales; con unos resultados que el silencio, que de tanto en tanto se imponía por un tiempo (volviendo, eso sí, a la presencia progresiva de los pasitos y las carrerillas), no podía más que transmitir cuán lucuosos y difíciles de superar debían de haber sido.

Todo esto, lo confieso, nos producía una gran consternación que, lógicamente, se remediada cuando, por fin, los ruiditos retomaban y el proceso iniciaba una nueva escalada, que deseábamos que no volviera a alcanzar la misma virulencia. Entonces respirábamos tranquilos y nos alegrábamos; eso sí, cada vez más escépticos y con el creciente temor de que alguna vez todo acabara en un colapso irreversible que, si bien podría liberarnos del problema, también podría repercutirnos catastróficamente.

Además, debo reconocer que los silencios que seguían a los grandes enfrentamientos bélicos nos mantenían en vilo, expectantes y a la espera de un reinicio, con connotaciones patológicas. Como si no pudiéramos ya vivir sin ellos.

En todos los casos, las noches transcurrían para nosotros con serias dificultades para conciliar el sueño.

La población se multiplicaba de prisa después de cada crisis y, hasta que crecían, las crías se ocupaban de armar casi tanto alboroto, mediante sus penetrantes, sistemáticos aunque inocentes chillidos, como durante las refriegas. Aunque éstos eran dignos de ser tolerados, ya que nos llevaban a pensar en bebés faltos de suficiente leche materna, criaturas que imaginábamos tirando desesperadamente, con sus débiles dientes de leche, de unos pechos flácidos y desgastados, moribundos y sangrantes... Por otra parte, concluimos, el espacio en el que sin duda estaban creciendo los pequeñuelos debía ser lógicamente escaso como para permitir una convivencia aceptable. Las reyertas evidenciaban cuán difícil debía ser sobrevivir allí dentro, con unos recursos por lo visto insuficientes, y por ello debíamos comprender que eran inevitables. Todo eso nos sumía en una pena ilimitada y una honda culpabilidad, a la vista de nuestra espaciosa casa y en correspondencia con nuestra insuperable impotencia.

Una noche nos despertaron sonidos diferentes de aquellos a los que nos habíamos acostumbrado y que, cuando ya caíamos rendidos en algún punto de la noche, nos parecían falsamente enmudecer en cuanto nuestros extraños sueños conseguían integrarlos. Éstos, a diferencia de los anteriores, a los que habían ahogado, si es que al mismo tiempo se seguían produciendo, no cesaban salvo durante cortísimos descansos, de a lo sumo unos minutos, y desde aquel instante ya no se interrumpieron... Que nos conste, claro. Eran sistemáticos, sin-

copados, maquinales, al punto de que parecían provenir de cientos, de miles de carros de combate medievales, de enormes ruedas de madera y abrazaderas metálicas, que avanzaban; carros pesados que rodaban con evidentes esfuerzos sobre un terreno que debía ser rugoso y con la pendiente en contra, como poco. Se apreciaba la dificultad con la que lograban avanzar un palmo y cómo por lo general apenas resbalaban, sin lograr siquiera recorrer un mísero milímetro, fuera a donde fuese que pretendieran dirigirse. Las grandes ruedas giraban, por lo que parecía, en el mismo sitio durante largos minutos, horas interminables, para, de repente, engranar de algún modo con un golpe seco y silenciarse hasta la asfixia, aunque tan sólo unos segundos, un par de minutos a lo sumo, para comenzar de nuevo, arañando la piedra del camino o los caminos..., trazándolos, si acaso, por los que esos supuestos pesados carros se movían, hasta que conseguían afianzarse tras ganar algo de terreno. Era, sin duda, una visión imaginaria, pero ésa fue la que me resultó más gráfica con el fin de hacerse una idea de lo que pasaba, en correspondencia con la supuesta naturaleza de los nuevos ruidos.

Otra vez permanecimos expectantes, sin saber qué sería más conveniente hacer... (aunque, igualmente, lo que hubiésemos decidido no habría servido de mucho a esas alturas, como comprobaríamos). En cualquier caso, alelados en la cama, pegados con temor el uno al otro, asistimos al paso lento de las horas de aquella sobrecogedora noche, llena de malos

augurios acerca de lo que imaginábamos que acabaría por suceder allí dentro, sufriendo por anticipado ante la desgracia que se avecinaba. Sin duda, se preparaba una contienda mayúscula y definitiva, y nosotros, durante todo ese tiempo, no fuimos capaces de mover un dedo; en esa noche que sentíamos interminable, en la cual los mismos ruidos, el mismo ritmo de tímboles y poleas, engranajes en marcha y resbalones abruptos, persistían, constantes, sin significativas variaciones, rítmicos como arcaicos tambores de guerra o golpes de una infinidad de martillos sobre igual número de yunques, y el resoplar de fuelles alineados trabajando al unísono, allí, a nuestro alrededor, del otro lado, abajo en el subsuelo, arriba, dentro, en lo que cada vez más nos parecían los infiernos, tan ilocalizables como ellos en sentido estricto. Se trataba de un ruido ensordecedor, intercalado cada tanto por los mencionados segundos de silencio correspondientes a los momentáneos atascos (aunque un par de veces nos pareció escuchar, con la dificultad del ensodercimiento que afectaba a los oídos, y por ello con la posibilidad de que los estuviéramos imaginando, es decir, enloqueciendo), susurros perentorios, cortas órdenes de voces decididas que resonaban dispersas y que nos recordaron a militares japoneses de películas de guerra. Por nuestra parte, tampoco nos oíamos el uno al otro, más aún cuando nuestras voces sólo se animaban a darnos ánimo cuando el fárrago era notable y, por tanto, cuando los pequeñines no nos pudieran escuchar.

VALYRZON EN BUSCA DEL MALORED (LOS LIBROS DE ERIGIEND - I)

MILA SAARINEN

*A mi madre, que me dio la llave de este reino.
Y a aquellas personas que sin saberlo inspiran mi mundo.*

No tengo fe en que crean lo que a continuación narraré. Todo lo que sé es que sucedió y tengo una prueba fehaciente de ello: poseo el Malored.

Hace muchísimos años, en la ciudad de Angeth (que ahora está enterrada bajo muchas capas de tierra) nació un niño. Sus padres lo llamaron Siel, que en el idioma antiguo del reino de Sadornia significa “servidor”, ya que ellos deseaban que el niño sirviera al rey cuando fuera mayor.

Así, a los doce años, Siel comenzó a recibir entrenamiento para llegar a ser caballero, y en cinco años lo logró. Cumpliendo con el deseo de sus padres, Siel se convirtió en guardia real.

Un día, el rey Pendor paseaba en un carruaje por un campo, acompañado por la guardia real, cuando desde detrás de unas colinas cercanas apareció un gran dragón. Voló

velozmente hacia el carruaje del rey, lanzando fuego por la boca, y Siel se apresuró a desenvainar su espada para luchar contra él. Así lo hizo, y al caer el dragón muerto en el campo, Siel volvió junto al rey.

—Ya no está en peligro, señor —dijo—, aunque sería mejor que volviera al palacio.

—Creo que sería lo mejor —convino el rey—. Has peleado valientemente, Siel. Me honra que seas mi caballero.

—A mí también, señor —dijo Siel, haciendo una reverencia.

Al saberse de la hazaña de Siel en Angeth y sus alrededores, la gente lo apodó “Siel el Matadragones”. El único, además de sus propios padres, que no lo llamó así, fue Intelyon, el consejero del rey Pendor, quien era su mejor amigo. Él lo llamó Valyrzon; “persona valiente”, en el idioma de Sadornia.

—Por favor, ayúdame como siempre lo has hecho —le dije

—¿Por qué motivo debería hacerlo? —me contestó.

Muy sorprendida y asustada porque mi coche podría explotar en cualquier momento le respondí:

—Porque eres mi ángel de la guarda.

—Estás equivocada. Yo no soy quien tú crees.

—Si no eres mi ángel de la guarda, ¿por qué me salvaste la vida en otras ocasiones? —le dije intrigada.

—Nunca te he salvado la vida. Sólo observaba para ver si era tu hora —me respondió muy seriamente.

—¿De qué hora hablas? ¿Quién eres?

—Soy a quien llamáis la Muerte y ahora sí es tu hora.

En ese momento lo comprendí todo. Era el fin. Cerré los ojos y el coche explotó. No sentí nada. Abrí los ojos y allí estaba la Muerte esperándome; me cogió de la mano y nos fuimos.

© DIEGO GALÁN RUIZ, 2013.



CARLOS GALÁN RUIZ
(España —Lérida, 1973—)

Publicó “La primera vez” en la revista en línea **La Ira de Morfeo**, “La tarea” en **miNatura** 125 y “La imagen” en la 126, así como los microrrelatos “El dolor de cabeza”, seleccionado para el libro surgido del II Concurso Internacional de Microrrelatos de **mundopalabras**, y “La amante”, en el libro *Cachitos de amor 2*, como finalista del II Concurso de Microrrelatos ACEN, en tanto que “Obsesión” integra la antología surgida del concurso Érase un Microcuento.

Asimismo, bajo el seudónimo DIEGO RUIZ MARTÍNEZ, publicó en la ciberbitácora de Ediciones Javisa los relatos “El extraño” —traducido al francés como “L’étranger” y publicado en la ciberbitácora “Lectures d’ailleurs”, junto con una pequeña entrevista—, “La libertad”, “El ángel de la guarda” —aquí reeditado— y “El castigo”.

Estábamos el uno contra el otro, abrazados por momentos y corriendo a hacerlo de nuevo en cuanto se producía un nuevo trallazo que nos dejaba en suspensión latente.

Entonces, para mayor desasosiego nuestro, comenzamos a sentir que algo, de manera casi imperceptible, estaba empujándonos hacia arriba con cama y todo, pasito a pasito, milímetro a milímetro, tan sutilmente que casi no se notaba y que por ello comprendimos que eso llevaba un buen rato produciéndose. Y, enseguida, ya sin sutileza alguna, dando saltos hacia arriba más notables, con cada redoble, con cada golpe seco, con cada conmoción... ¿Era todo aquello tan sugestivo y dominante como para que de algún modo, del modo en concreto como lo vivíamos, percibiéramos la pesadilla tan fehacientemente, ya no sólo a partir de lo que habíamos creído estar oyendo, sino de esa sensación de movimiento, de los impactos y de la... suspensión, que obviamente violaba todas las leyes en las que se basaba nuestra certidumbre...?

De pronto, nunca mejor dicho, sentimos un golpe muy violento, tremebundo, que conmovió la cama por cuatro de los lados. Algo nos había golpeado por el frente y los costados y, nuevamente, por los pies, empujando la cama contra la pared a nuestra espalda y al mismo tiempo hacia arriba.

Desconcertados, ya no pudimos continuar conservando la calma en espera de que aquello cesara de una buena vez. Teníamos que saber lo que pasaba... y hacer algo, de modo

que estiré la mano (ella también debió hacer lo mismo por su lado) con el objeto de alcanzar el interruptor del velador..., pero mi mano chocó, antes de lo previsto, contra la pared, que estaba completamente pegada a mi costado, a ras del borde de la cama. No obstante, el instinto me dijo que la lámpara no podía haber desaparecido, tragada por la pared (aún tenía la certeza de lo que era sólido, lo que era líquido y lo que era vaporoso), de modo que mi mano, algo dolorida a raíz del impacto, tanteó sobre la colcha buscándola, hasta que, ¿por suerte?, dio con ella, ¡y con los restos despedazados de la mesita de noche que habían sido lanzados con ella sobre nuestra cama! (Con el alboroto de timbales y chirridos, no pudimos escuchar el progresivo quebrarse de las maderas y la destrucción de muchas de nuestras preciadas cosas...).

No obstante, el velador, al menos el mío, ¿por suerte?, funcionaba y, al accionar el interruptor, la bombilla se encendió deslumbradora poniendo en evidencia las ruinas. Fue un auténtico latigazo en pleno rostro que hirió nuestra habituación a la oscuridad para al momento desvelar una visión dantesca: estábamos metidos, con cama y todo, en una auténtica caja, una caja apenas más amplia que el espacio que ocupaba la cama con nosotros dentro y un montón de escombros, cristales, maderas rotas y demás destrozos; un espacio que a su vez comprobamos que continuaba estrechándose, sobre todo hacia el techo, el que debía tener menores resistencias para descender o sólo

parecía que bajaba hacia nosotros, porque en realidad era la cama la que ascendía, al tiempo que su estructura de metal crujía y los laterales del basidor se doblaban hacia adentro...

Era concluyente así como irremediable: el ruido que nos había desvelado no lo había provocado ninguna suerte de artefactos bélicos, como habíamos imaginado, sino la furiosa, contumaz, voluntariosa fuerza de millones, decenas de millones, de criaturas que al fin habían conseguido organizarse, tras duras penalidades

y múltiples desencuentros, para ponerse, todos juntos, a las órdenes de algún mando supremo al que —imaginando todavía— se me ocurrió ver con el rostro feroz del rey de los *Morloks*, y habían logrado separar las paredes de sus juntas y sus bases en el suelo y en el techo, con la decidida meta de ganar espacio. El que necesitaban... para ellas..., ¡ay!, a costa del viejo y querido espacio nuestro.

© CARLOS SUCHOWOLSKI, 2013.



CARLOS SUCHOWOLSKI
(Argentina —Mendoza, 1948—)

Radicado en Madrid desde 1984, administra la ciberbitácora “Una botella llena de luciérnagas” (<http://botellallenadeluciernagas.blogspot.com>).

En **NM** publicó “Una confesión estimulante” (# 22).

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

DIEGO GALÁN RUIZ

¿Quién no ha deseado alguna vez tener un ángel de la guarda, alguien que lo proteja cuando está en peligro? Yo tengo esa suerte desde hace seis meses. Una serie de graves accidentes se ha ido sucediendo ininterrumpidamente, a cuál más grave; accidentes de tráfico, graves caídas mientras practicaba escalada, accidentes laborales... Para mi suerte, siempre salí ilesa; una cosa muy curiosa ante la gravedad de los accidentes. Era algo inexplicable para mí y para todo el mundo, hasta que un día un enigmático personaje me llamó la atención. Recordé que no era la primera vez que lo veía; en todos mis graves accidentes se encontraba presente. Eso me llevó a pensar que era mi ángel de la guarda, que me protegía, y desde ese día nada me preocupa. Estoy muy tranquila, nada me da miedo.

—Juan, ¿te importa que coja tu coche? —le dije a mi marido.

—No, María; cógelo, si quieres, pero ve con cuidado. —Mi marido se preocupaba en demasía.

—Tranquilo, mi ángel me protege —le dije mientras cogía las llaves del coche.

Mi marido sonrió y me dio un beso, me despedí de él y salí de casa.

El coche estaba aparcado a pocos metros. Subí y me puse en marcha. A los pocos minutos empezó a llover muy fuerte; la visibilidad era casi nula pero no me hacía sufrir y me confié, grave fallo por mi parte. A los pocos minutos perdí el control del coche y acabé dando unas cuantas vueltas de campana. Quedé boca abajo y sin posibilidad de salir del coche; estaba atrapada y, para más desgracia para mí, el coche empezó a arder.

Cuando todo parecía perdido mi ángel de la guarda apareció. Se acercó al coche y se me quedó mirando sin hacer nada.